

cuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan: párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya... cuando Él, con una sonrisa que se filtra a través de la inefable suavidad de sus palabras:

—Soy yo — le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre Él, en el mismo rapidísimo espacio, muda maravillosamente de apariencia, se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como un manto perfumado.

El Señor, mirando las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama a un animal doméstico. Entonces, de debajo del manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada dulce y noble, de la casta de aquellos que en las sendas del monte San Bernardo, van en socorro del viajero perdido.

José Enrique Rodó.



Épica

Desgarrando con sus férreas y sonoras nazarenas
los ijares espumosos de fogosos redomones,
arremeten los guerreros, desgñadas las melenas,
que tremolan como negras banderolas en jirones.

Se abren paso entre los rojos, aguerridos escuadrones,
clarineando la matanza que enrojece las arenas,
y arrogantes, indomables, con fiereza de leones,
despedazan a sablazos del tirano las cadenas.

Son los gauchos romancescos, los indómitos centauros,
que a la Patria coronaron con aurifulgentes lauros,
en cruzadas portentosas y terribles entreveros.

Los que asidos de sus potros el gran río atravesaron,
y la ruta gigantesca del futuro nos trazaron
con sus lanzas legendarias en la aurora de Caseros.

Damián P. Garat.



El tigre y el zorro

EL Zorro deseaba vengarse de los malos tratos de que lo hacía víctima el Tigre.

Habían asesinado una vaca, allá, en lo más recóndito de la selva. Como el Tigre se marchase hasta el estero próximo, a beber y a lavarse las garras enrojecidas de sangre, Juan (el Zorro) quedó a la custodia de la res ya desollada, aguardando el regreso de su patrón. Entretanto, el taimado comenzó su venganza:

—¿Qué haces, Juan?

—Unas correas, tío.

—¿Correas... y para qué?

—Para salvar nuestras vidas.

En efecto, el Zorro lonjeaba con su cuchillo la piel del animal, cuando el Tigre le dirigió esa pregunta al regresar del agua. Intrigado por las respuestas, averiguó más aún:

—Apareció un ángel bajo ese algarrobo, mi tío... Eran los ojos zarcos de cielo, rubios los cabellos como pelo de choclo; todo el cuerpo vestido de blanco, y atrás dos alas grandes, y blancas, también...

—¡Bueno!, acaba presto, ¡letrado!

—Ya voy mi tío — dijo el Zorro humildemente, y continuó el relato: —Ha venido el ángel y ha dicho que soplaría un viento espantoso, el más fuerte huracán que haya habido hasta ahora en el monte; será un castigo de Dios; perecerán los que hayan cometido crímenes alguna vez; sólo podrán salvarse los que se amarren a los quebrachos, únicos árboles que quedarán en pie... Esto ha dicho el ángel y ha desaparecido volando...

Juan aparentó contraerse de nuevo a su trabajo como quien tiene urgencia de aprovechar los últimos instantes, pe-



ro cuidándose de observar el efecto que sus palabras producían, miraba al Tigre de soslayo.

—¡Dios santo, Juan! ¿Y serás tan ingrato que no hagas nada por la salvación de tu tío?

—No está en mis manos... Si pudiera...

—¿Por qué no me atarías a mí también?

—Porque no alcanzarán las correas.

—¡Oh! Eso se remedia, sobrino...

—Vea, tío, aquellas nubes pardas...

—¿Qué tienen?

—¡Yo creo que ya viene la tormenta!

Decía el Zorro con tan hábil simulación de desesperanzas y condelos, que el Tigre, con los pequeños tan feroz, temblaba ante el anunciado azote providencial. Entonces le propuso el Tigre que le atase con esas cuerdas y él le salvaría en sus brazos. Le hablaba a su sobrino con el afecto de los primeros días, y le palmeaba el hombro con la garra, como hacen los poderosos cuando necesitan de los débiles... Juan aceptó la idea con aire de pariente abnegado. El Tigre se empujó contra el árbol parado en corvetas; lo estrechó fuertemente con un brazo, dejando el otro libre para salvar al Zorro. Este comenzó a envolver su lazo haciendo un solo rollo de tronco y felino; y cuando lo hubo aprisionado inseparablemente, se apartó unas varas...

Sonrefa...

—¡Traidor! — rugió el desventurado.

—No importa: ¡te secarás ahí!

—¡Infame! — rugió el Tigre por último, centelleando los ojos y el cuerpo elástico retorciéndose entre las amarras...

Anochecía ya; en el silencio de la tarde, los bramidos de la fiera impotente resonaban de rato en rato; soberbio grito de dolor y de furia al cual respondía como un eco paulatinamente más lejano, la irónica voz del Zorro:

—¡Cuáa!... ¡Cuáa!... ¡Cuáa!...

Ricardo Rojas.

El juego de los niños

CUAL espectáculo más hermoso que el juego de los niños? ¿Cuál más sano y alegre?... El juego es una función natural de la infancia. Los niños juegan espontáneamente, como gorjean las aves en la enramada y murmuran los arroyuelos entre las peñas.

Los niños, varones y mujeres, deben correr, saltar, divertirse. La actividad física estimula las funciones de su organismo: la circulación de la sangre, la digestión de los alimentos, el ritmo de la respiración, el descanso, el sueño. No sólo desarrollan los juegos la fuerza y la elasticidad de los músculos sino que también templan los nervios, disciplinan la voluntad, alegran el carácter.

Cuándo se os invite a jugar, nunca rehuséis la invitación, niños. Si os halláis preocupados o desganados en ese momento, haced un esfuerzo, levantad el ánimo y ensayad el juego. Jugando os vendrán las ganas de jugar.

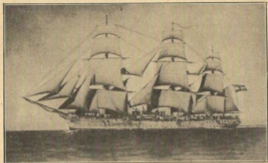
Aunque a todos los niños les guste jugar, no todos saben jugar. Algunos desean imponer siempre su voluntad, como déspotas. Otros no admiten que nadie les gane. Otros se someten con demasiada facilidad a las ajenas imposiciones... Ha de jugarse con modestia y buena voluntad, exponiéndose a perder o a llevar la peor parte; pero siempre con la esperanza de adelantar y distinguirse. Ni leones furiosos ni tontos corderitos, los niños deben ser niños. ¡Los niños deben ser leales y libres como los hombres!

Cuando juegan, Diego quiere mandar siempre; Luis se pelea si pierde; Pepe no gana ni acierta nunca, y nada le importa que Diego lo mande y que Luis lo pelee. Diego es un tirano, Luis un necio, Pepe un simple. En cambio, Juan, Ernesto y Rosita y otros niños y niñas juegan sin mandarse unos a otros, sin enojarse; tratan de divertirse. Corregios, niños, si sois como Diego, Luis o Pepe.

Jugad en paz y buena armonía. Sed condescendientes los fuertes con los débiles, los mayores con los menores, los ricos con los pobres, los varones con las niñas. Dad ventaja a los desventajados. De otra manera el juego resulta demasiado seguro en sus resultados y carece de armonía e interés. Imitad a Juan, a Ernesto, a Rosita y sus compañeros. ¡Da gusto verles jugar! Siempre están contentos, y corren, gritan, saltan y ríen. Parecen una bandada de gorriones que ensayan su primer vuelo en una mañana de Primavera.

Carlos Octavio Bunge.





Buque-escuela de la armada argentina Fragata "Sarmiento"



Skiold, el rey que vino del mar

ANTIGUAMENTE, el país de Dinamarca estuvo mucho tiempo sin dueño y nadie respetaba las leyes. Los señores vivían del saqueo y lo que ellos dejaban era robado por los ladrones de los caminos; daba pena de ver una tierra tan bella en tal miseria.

Un día los habitantes de la costa vieron aproximarse un soberbio navío; de lejos se observaba la figura de un dragón esculpido en su proa, y la vela escarlata atada al alto mástil. Cuando estuvo más cerca se pudo admirar la curva de su casco pintado de rojo y, po-

co después, las guirnaidas que lo adornaban.

El navío tocó tierra pero ningún marinero descendió y pareció como si la vela se hubiese recogido sola.

Llegaron los pescadores de las aldeas costeras; todos abandonaron sus trabajos: los que reparaban las embarcaciones, los que fabricaban cordeles, los que se alistaban para partir. La multitud contemplaba asombrada el bajel desconocido.

Jamás en las más temerarias expediciones encontraron uno tan bello, ninguno semejante había salido de las brumas del norte. Los jóvenes se maravillaban; los ancianos, que durante cincuenta años vivieron en el mar, movían la cabeza sin decir palabra, y aquellos pocos que habían alcanzado las costas de Inglaterra o de Islandia, buscaban una imagen parecida en su memoria sin hallarla. Y así, sin osar acercarse, quedaron hasta que la noche hubo cerrado.

Al segundo día llegaron los paisanos de los alrededores; los unos a los otros se decían con inquietud: —¿Qué nueva desgracia nos espera? Nada bueno nos viene de la mar; las velas extranjeras son signos de pillaje y devastación; mañana el fuego y la muerte se esparcirán

por nuestros campos. Y aquella noche la pasaron sobre la arena sin dormir.

Al día siguiente una columna de polvo se levantaba sobre cada camino precediendo a los guerreros que sobre briosos caballos llegaban. Los campos se inundaban de cascos de bronce, de lanzas, de escudos. Los campesinos huían con terror ante los corredores salvajes que pisaban a los que no se retiraban a tiempo del camino.

Los caballos relinchaban. Los guerreros se incitaban a la guerra con gritos feroces y su clamor se unía al estrépito que las armas producían al chocar.

Echaron pie a tierra y fijaron sobre el navío miradas ávidas porque el sol hacía resplandecer las incrustaciones de metal y brillar el cuerpo del dragón revestido de oro. Y se decían:

—¿De dónde puede venir un barco tan ricamente construido? ¿De los puertos sajones? ¿De la Suecia? ¿De los puertos misteriosos del Este? ¿Qué querrán los hombres que lo ocupan? ¿Por qué no se muestran? Algunos afirmaron: —Se ocultan porque han venido impulsados por un viento nefasto y temen encontrar aquí adversarios fuertes y valientes; veréis cómo al soplar un aire propicio

ponen la proa al mar y desaparecen para siempre.

Esta idea inquietó a los más arrojados quienes se acercaron al navio y gritaron: —Quien quiera que seáis desembarcad y afrontad a los hombres de Dinamarca; la arena es buena para la batalla, es dulce para el que cae y bebe la sangre de las heridas. Ensayad contra las nuestras, vuestras espadas y vuestras hachas. Nosotros levantaremos túmulos a los caídos si han muerto como bravos. Pero no recibieron ninguna respuesta; entonces lanzaron injurias y burlas. Las flechas se clavaron en el casco; los más valientes blandiendo sus hachas escalaron la borda y he aquí lo que vieron: al lado del mástil, acostado sobre un tapiz de seda, dormía un hermoso niño; un pendón dorado se balanceaba sobre su cabeza. A su alrededor, mil objetos preciosos estaban amontonados cubriendo los bancos de los remeros como si fuera el botín de una aventura fabulosa. Había armas de todas clases: espadas con puño de marfil, puñales de oro, lanzas con astas guarnecidas de nácar, arcos de la altura de un hombre, escudos de bronce o de madera revestida de piel, cuernos y elefantes de marfil. Había también vasos, platos y

cuernos para beber; liras, arpas y flautas; camisetas de tejido fino, mantos; tantas cosas, en fin, que no encontraba el pie donde apoyarse.

Cuando los guerreros descubrieron estas maravillas y cuando repararon en el niño, se detuvieron estupefactos y admirados; entonces comprendieron que los dioses favorables les enviaban el barco aquel como signo de paz y como presagio de prosperidad y de gloria. Por eso se arrodillaron entre los tesoros y luego, colocando al pequeño sobre un paves, lo llevaron al lugar del consejo y lo proclamaron rey de Dinamarca. Por eso también lo llamaron: "Skiold", que significa "escudo", en memoria de las armas que lo acompañaban y para que llegara a ser el defensor del país.

Skiold respondió por su fuerza y su bravura al voto de su pueblo. Sus hazañas fueron muchas y se le admiró por justo y bueno, terrible para con el enemigo, dulce con los enfermos y los humildes, generoso para con sus fieles.

Cuando sintió la muerte próxima, llamó a los guerreros y les dijo: —Amigos y señores: cuando mis ojos se cierran tomad mi cuerpo y llevadlo a la ribera; allí está todavía encañado el navio en que vine cuan-

do niño. Vosotros me depositaréis en él y me pondréis a flote, confiándome a los vientos; y me iré como he venido después de haber cumplido mi misión que era hacer de un reino pobre y dividido un país rico y feliz.

El rey Skiold murió; pusieron la corona sobre su cabeza. Se le envolvió en los más bellos vestidos, y se ciñó a su cintura aquella espada que había cumplido tan gloriosa empresa. Y entonces se le acostó sobre aquel gran escudo y, a través de la multitud que lo lloraba, fué llevado hasta el mar. En el navío de la vela escarlata se le tendió cerca del mástil.

Y de todas partes llegaron

gentes, los brazos cargados con los objetos más queridos; los guerreros con el prodeto de veinte campañas; las mujeres con sus más ricas alhajas; los campesinos con los más hermosos frutos de los bosques.

En el navío, alrededor del rey difunto, se colocaron todos los tesoros; sobre su pecho las joyas más preciosas; en su puño la lanza de guerra; sobre su cabeza el pendón dorado.

Y entonces extendieron la vela escarlata; impulsaron el barco lentamente hacia las aguas y las olas lo alejaron para siempre.

¿Hacia qué riberas? Nadie supo nunca sino que se perdió a través de la bruma del mar.

(Leyenda nórdica).



¿Quién mató los hijuelos de la Nutria?

C IERTO día la Nutria fué a visitar al Gamo y le dijo:
—Mi buen amigo, ¿quiere usted cuidar a mis bebés mientras voy hasta el río en busca de la cena?

—De mil amóres — respondió el Gamo. Vaya sin cuidado.

Pero cuando la Nutria volvió con un cargamento de pescado, encontró a sus pobres hijuelos que yacían aplastados sobre la hierba.

—¿Qué es esto? — gritó, dirigiéndose al Gamo. ¿Qué ha hecho usted con mis hijos?

—¡Oh, bien pesaroso estoy! — respondió el Gamo —; pero usted debe saber que soy el jefe de la danza de guerra, y como "Pico verde" vino a tocar el tambor, comencé a ejecutar la danza guerrera olvidándome de sus pequeñuelos. Es así como, sin advertirlo, los he aplastado.

—Iré a quejarme al rey Salomón — dijo la Nutria — y él os castigará.

De manera que el Gamo fué llamado a comparecer ante el juez rey.

—¿Eres tú quien ha matado los hijuelos de la Nutria? — preguntó el rey Salomón.

—Sí, Majestad — respondió el Gamo —, pero yo no lo hice intencionalmente.

—¿Cómo sucedió entonces el hecho?

—Vuestra Majestad sabe — repuso el Gamo — que yo soy el jefe de la danza de guerra. “Pico verde” se presentó batiendo el parche del tambor, y entonces comencé a danzar, y danzando aplasté los bebés de la Nutria.

—Haced venir a “Pico verde” — dijo el rey.

Y cuando “Pico verde” hubo comparecido, le preguntó:

—Dime, ¿tú tocaste el tambor de guerra?

—Sí, Majestad — respondió “Pico verde” —, pero yo no podía hacer otra cosa.

—¿Por qué?

—Vuestra Majestad sabe que yo soy gran jefe de los tambores de guerra, y comencé a tocar redobles apenas vi al Gran Lagarto, armado de un sable.

—Traedme al Gran Lagarto — dijo el Rey Salomón.

Cuando aquél se presentó, el rey preguntó:

—¿Tú ibas armado de tu sable?

—Sí, Majestad, por fuerza.

—¿Cómo?

—Vuestra Majestad no ignora — dijo el Gran Lagarto — que yo soy el jefe protector del sable. He empuñado el mío porque vi a la Tortuga armada de su coraza.

Se envió por la Tortuga.

—¿Por qué te has puesto la coraza?

—Majestad: la he endosado porque me pareció ver al Escorpión con sus garfios.

Se mandó buscar al Escorpión.

—¿Por qué arrastrabas tus garfios? — preguntó el rey.

—Porque he visto al “Pez Martillo” tomar su lanza — dijo el Escorpión.

Inmediatamente se mandó buscar al “Pez Martillo”.

—¿Por qué tomaste tu lanza? — increpó el rey.

—Porque, Majestad — dijo el “Pez Martillo” —, yo he visto a la Nutria llegar a la orilla, dispuesta a matar a mis hijuelos.

—¡Ah! — dijole el rey Salomón — ¿Es así? El Gamo ha visto al “Pico verde”; el “Pico verde” al Gran Lagarto; el Gran Lagarto a la Tortuga; la Tortuga al Escorpión; el Escorpión al “Pez Martillo”; el “Pez Martillo” defendió a sus pequeñuelos contra la Nutria. Si este es el caso, la Nutria debe achacar a sí misma su desgracia y el Gamo queda absuelto de culpa y cargo, según la ley de la selva.

* * *



La industria ganadera en la Pampa

LOS caballos y vacas traídos por los españoles y abandonados en las desiertas pampas a mediados del siglo XVI, habíanse multiplicado prodigiosamente. Transcurrido apenas un siglo, el ganado vacuno salvaje constituía ya inagotable fuente de riqueza, explotada de una manera bárbara y primitiva. Las naves españolas que, con permiso especial, venían de cuando en cuando a Buenos Aires, cargaban a su regreso gran cantidad de pieles, y mucho más cargaban de contrabando las inglesas, portuguesas y holandesas. Las pieles que se vendían eran sólo de toro, y no de cualquier toro. Como se decía corrientemente, debían ser "de ley", es decir, de cierta medida, siendo rechazadas por los mercaderes las que no la tuvieran. Así es que, como no todas eran de medida, para enviar cincuenta mil pieles a Europa sacrificábanse ochenta mil toros. Algunos campesinos, por puro placer, perseguían y mataban millares de toros, de vacas y terneros, y, sacándoles sólo la lengua, abandonaban el resto en el campo.

Mayor estrago aún hacían los que iban a buscar grasa, que entonces servía en lugar de aceite, de tocino, de manteca, y también de materia combustible. Producida una espantosa mortandad entre los silvestres rebaños, sacaban ellos de los animales suficientemente gordos, un poco de grasa,

y cuando habian cargado bien sus carros, volvian sin cuidarse de lo demás.

El sistema de que se valian los naturales para hacer tanto estrago, era el siguiente: dirigianse las gentes a caballo a donde sabian que se encontraban muchas bestias, y, llegados a la campaña, rodeaban el ganado hasta detenerlo en un punto. Formábase allí el rodeo, y comenzaban entonces los gauchos a correr a caballo en medio del ganado, armados de un instrumento cortante de hierro, en forma de hoz o de media luna, atado a la punta de un asta. Con él daban un golpe al toro en las piernas de atrás, tan diestramente, que le cortaban el nervio sobre la juntura; la pierna se encogía al instante, hasta que, después de haber cojeado algunos pasos, caía la bestia sin poder levantarse más. Seguían los gauchos su carrera de muerte a través del rebaño, hiriendo a diestra y siniestra, otros toros y vacas que, apenas recibido el golpe, caían imposibilitados de huir. De este modo, dieciocho o veinte hombres, postraban en una hora setecientas u ochocientas reses. Imaginaos qué destrozos harían prosiguiendo esta operación un día entero y a veces más. Cuando estaban saciados de exterminio desmontaban del caballo, reposaban y se restauraban un poco. Entretanto poníanse a la obra los hombres que estuvieron antes descansando, enderezaban las reses caídas, arrojábanse sobre ellas a mansalva, las degollaban, les sacaban la piel y el sebo, y algunas veces también la lengua, abandonando el resto a los caranchos y chimangos del campo.

Cayetano Cattáneo.



Belgrano y la bandera

EL 25 de Mayo de 1810, los ciudadanos French y Beruti, repartieron al pueblo cintas blancas y celestes, colores del uniforme del Regimiento de Patricios. Allí nació la escarapela, y de ella tomó Belgrano los colores para nuestra gloriosa bandera. El 27 de febrero de 1812, a orillas del Paraná, la enarboló por

primera vez con todos los honores, y así lo comunicó al Gobierno. Al Gobierno no le convenía, por la situación del país, el uso de otra bandera que la española, porque eso valía tanto como declarar la independencia; y así le ordenó a Belgrano que la arriara. *

Pero estaba de Dios que ésa sería la bandera de la Patria. Cuando llegó la nota del Gobierno al Rosario, Belgrano había marchado a hacerse cargo del Ejército del Norte. Y el correo siguió detrás suyo sin poder darle alcance.

En Jujuy, en ocasión del 25 de Mayo, Belgrano volvió a desplegar su bandera para hacerla bendecir solemnemente y hacerla jurar por los soldados y por el pueblo. Fué un espectáculo magnífico. Aun no se había apagado el eco de las aclamaciones cuando llegó la nota fatal. Imaginate, hijo mío, el dolor del héroe al enterarse de la orden de arriar esa bandera que ya era sagrada, y recibir una amonestación por haberse adelantado a resolver asuntos que no le correspondían.

Cuánta pena traducen sus palabras, cuando asegura al Gobierno que la guardará ocultamente, que nadie la verá hasta que la sangre de sus soldados la bautice entre el furor de la batalla.

Y nadie volvió a saber de esa bandera hasta el día en que queriendo la Patria premiar el esfuerzo de sus hijos, desplegó su seda sacrosanta y, agitada por el viento, flameó cobijando a los muertos que dormían sobre su sangre en el Campo de las Carreras.



En la región del azúcar

EN los plantíos y en los ingenios azucareros, al terminar el trabajo, cada peón tiene el derecho de llevar dos cañas. ¡Y es de ver con qué amor las eligen, cómo saben descubrir en una carretada, al primer vistazo la caña más larga, la más gorda, la más dura, la más jugosa! Salen para sus hogares en procesión, con una caña bajo el brazo para la china y los indiecitos y la otra embocada como una larga flauta que no suena pero que sabe a gloria... La primera vez que los ví, se me ocurrió que aquellos muchachos grandes iban de broma, pero no era así: iban metiéndoles el diente, devorándolas con el ansia de seis horas continuas de trabajo y de sed. Si se les permitiera, comeríanse cañaverales enteros. "Cada indio es un trapiche", suelen decir los dueños de los ingenios para expresar su consumo de cañas de azúcar. Llegaba a calcularse que, entre todas las peonadas, consumen lo bastante como para fabricar dos mil toneladas de azúcar!

El espectáculo de la vuelta de los peones a sus casas con las cañas resultábame de lo más característico y atractivo. La chiquillería corría por grupos a recibir al padre, y lo peleaban por la caña; pero él la entregaba a la madre, no menos deseosa que sus hijos de hincar los blancos dientes en la dulce y pastosa fibra. Con un gran cuchillo separaba la china su parte, y cortaba el resto por los nudos en tantos trozos como hijos.

El vasto cuadro aparecía, en unos minutos, cubierto de muchachitos, chinas y peones, cada cual con su flauta en la boca, produciendo al masticar la pulpa fibrosa, ese rumor áspero y sordo de los rumiantes cuando mueven a compás

sus molares. Era el momento propicio para todos, hasta para las gallinas, los chivos y los perros que corrian detrás de los chicos esperando que tirasen la caña ya chupada y masticada para comer ellos el resto. En cada hogar se cocinaba el loco de carne y maíz, pero nadie se acercaba a la olla, mientras quedaba un bocado de caña. Y había allí, en aquella hora, de regodeo, una alegría visible, que casi se podía tocar con la mano!...

Manuel Bernárdez.



Fábulas de Esopo

El León y el Ratón

UN ratón, que jugaba con otros compañeros en la falda de una montaña, perdiendo pie, tuvo el mal acierto de caer encima de un león que dormía en aquellos lugares. Tomóle entre sus garras el rey de la selva y disponíase a despedazarlo, cuando el ratoncillo, vuelto en sí del susto, suplicóle temblando que lo soltara, pues al saltar encima no lo había hecho con ánimo de molestarle, sino por descuido; que humildemente le pedía perdón. Pareciéndole al león que no era digno de su valor tomar venganza de un ser tan pequeño, aljó las garras y lo dejó marchar. Poco tiempo después, cazando en el bosque, tuvo la desgracia de caer en una red, y viéndose prisionero se puso a dar tremendos rugidos. Oyóle el ratón y acudiendo sin tardanza, hablóle de esta manera:

—No te aflijas, rey de los animales; nada tienes que temer porque para pagarte lo que por mí hiciste días pasados, con mis dientes roeré las cuerdas que te sujetan.

El envidioso y el avaro

UN avaro y un envidioso rogaban a Júpiter que satisficiera sus deseos. Envío el padre de los dioses a Apolo para que viése qué querían, pero con la condición de que uno de ellos pidiera primero, para que el segundo recibiese el doble de lo que el otro hubiera solicitado. Enterado de esta condición, el avaro quiso

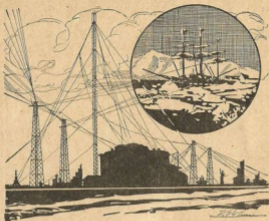
que pidiera primero el envidioso, para tener el doble de las riquezas que supuso pediría; mas viendo el envidioso, que siendo el primero en pedir recibiría el avariento doble que él, pidió que le sacasen un ojo, para que le sacaran los dos al avaro.

El adivino

SE hallaba cierto adivino diciendo la buena ventura a un lugareño, cuando alguien le fué a comunicar que acababan de abrir las puertas de su casa y robarle cuanto en ella había. En cuanto tal oyó el adivino, echó a correr hacia su morada. Y al verlo, no faltó quien le dijera:

—¡Hola! ¿Ofreces adivinar la suerte a los otros y no supiste adivinar la tuya?





La palabra y el oído de los navegantes

MUDOS y sordos eran hasta hace muy poco los barcos. Apenas perdían de vista la costa, quedaban librados a sus propias fuerzas. Ya podía ensañarse con ellos la desgracia; ya podían desatarse los elementos y venir los huracanes y las olas a destrozar su obra muerta y desgarrar sus flancos; ya podía abrirse el océano infinito y sepultarlos en sus recónditos abismos. Na-

die se enteraría de la catástrofe; nadie recibiría las voces de su angustia, nadie podría moverse en su socorro.

Y esto, hasta hace poquisimo tiempo. Pero desde que el sabio italiano Marconi inventó el primer aparato para la telegrafía sin hilos, y otros inventaron y perfeccionaron la telefonía sin hilos, las cosas han cambiado radicalmente. Aparatos maravillosos mantienen en constante comunicación a los hombres, por más alejados que estén. Mensajeros invisibles que en contados segundos dan varias veces la vuelta alrededor del mundo, entregan sus despachos a destino, atravesando mares, franqueando montañas, cruzando pueblos.

Corren los trasatlánticos a toda máquina por no importa qué punto del océano, y pueden las autoridades del buque, y pueden los pasajeros, hablar por teléfono con las ciudades lejanas, llamar y ser llamados, recibir las últimas noticias, comunicar los sucesos de a bordo, y deleitarse escuchando las audiciones radiotelefónicas que se propalan desde las grandes capitales.

Vivimos en pleno milagro y apenas lo advertimos. Pero cuando en realidad se aprecia en todo su valor lo que importa para la humanidad el invento de la radiotelegrafía, es cuando un buque está en peligro. En esos momentos la estación de a bordo lanza al espacio su grito de socorro: S.O.S., acompañándola de la posición del buque. Todas las estaciones que escuchan el pedido lo repiten. Los barcos que navegan por las inmediaciones tuercen su rumbo, y reciben de inmediato, los naufragos, primero palabras de estímulo y de consuelo y luego, eficaz ayuda. ¡Ya no son mudos ni sordos los buques! Antes, nadie escuchaba sus clamores que se perdían entre el fragor de las olas; hoy los recogen y escuchan los hombres para acudir presurosos en su auxilio.

Pero hay más todavía para apreciar el portentoso que es la radiotelegrafía y la radiotelefonía. Cuando en 1923 el

explorador Amundsen se encontraba bloqueado por los hielos del polo norte, entretenía las amarguras del aislamiento escuchando los conciertos sintónicos de Nueva York.

Y hoy, en nuestros días, la comisión de observadores argentinos que vive todo un año en las islas Orcadas, no tiene otro medio de contacto con el resto del mundo que el que le proporciona el maravilloso aparato, el cual, día por día, a través de los campos nevados y de los mares solitarios, les lleva, en las noticias, en las músicas y en las canciones, la voz de la Patria lejana.



Cuadro del hogar

El ya caduco abuelo,
de rostro enjuto y luenga barba blanca,
hace fiestas al nieto más pequeño,
y fingiendo pueriles carcajadas
y haciendo gestos y gritando, excita
las infantiles ansias.

Las inseguras manos tiende el niño,
retira el viejo la cabeza cana
por proteger los frágiles anteojos
que en la mitad de la nariz cabalgan.

Pero a veces sucede que la huida
se hace lenta y le alcanzan
los sonrosados dedos
que prisioneros quedan en las barbas.

Y gime el maltratado,
y el verdugo inocente chilla y salta
festejando el triunfo.

Y el pobre viejo clama:
—¡Qué vas a desbarbar al abuelito!
¡Déjate ya de gracias!

Y el pequeñín se ahoga con la risa
entre un coro de alegres carcajadas.

P. O. Tolosa.

Intrépidos viajeros

EL grupo de las aves es uno de los más interesantes para el aficionado al estudio de la Naturaleza. Unas por su hermoso plumaje, causa a la vez de su desdicha, pues por apropiarse de sus plumas el hombre las persigue sin descanso; otras por su canto armonioso, razón a su vez para tenerlas en cautiverio en nuestras casas; algunas por la esbeltez de sus formas, la originalidad de sus nidos o por sus viajes sorprendentes causan la admiración por cierto justificada de profanos y estudiosos; y todas, como un justiciero reconocimiento, han sido celebradas en mil tonos por los poetas.

Pero una de las cualidades más curiosas de las aves y que desde tiempo inmemorial ha llamado la atención de los hombres, es el hecho de las migraciones o viajes que emprenden, a veces tan largos, que van, puede decirse, de un polo hasta el otro. Estos viajes están condicionados, en líneas generales, por la temperatura y la alimentación. Cuando la temperatura desciende y la comida escasea, vuelan en grandes bandadas hacia el otro hemisferio, en busca de condiciones más favorables.

El caso más conocido de estas migraciones es el de las golondrinas y cigüeñas. Abandonan todos los años sus nidos y al siguiente vuelven a ocuparlos, sin equivocarse y sin haberse extraviado en su ruta, guiadas por un seguro instinto que los sabios no han podido descifrar, pese a sus afanes y tentativas. Colocando en las patas de las aves mi-

gratorias un anillo que lleva grabadas unas letras y un número de orden, se ha podido conocer tras pacientes esfuerzos, las rutas que siguen estas aves en sus extraordinarios viajes.

Uno de los casos más interesantes es el de los chorlos y batitúes, tiempo atrás muy comunes en nuestros campos, a orillas de lagunas y bañados, y que día a día van siendo más escasos por la persecución encarnizada y sin cuartel de los cazadores.

Estas aves nidifican en las costas americanas del Océano Glacial Ártico. Cuando los pichones están en condiciones de volar se reúnen en las márgenes de la Bahía de Hudson y se alimentan vorazmente, como preparándose para el largo viaje que han de emprender. En grandes bandadas se lanzan por sobre el Océano Atlántico y en línea recta vuelan hacia la Guayana Inglesa. Si el tiempo les es favorable, en un solo vuelo recorren los 4.000 kilómetros que comprende esta etapa. Toman unos días de descanso, atraviesan las selvas brasileñas yendo siempre de Noreste a Sur, y llegan hasta nuestra Patagonia en otro recorrido de 9 a 10.000 kilómetros.

Pasan aquí, entre nosotros, el verano (diciembre a abril), comiendo y engordando. Luego, cuando se acercan los primeros fríos, vuelven hacia el Norte, pero cambiando de itinerario. Esta vez atraviesan la América del Sud, siguiendo la Cordillera de los Andes, cruzan el golfo de Méjico suben por el valle del Mississipi y a principios de junio, nidifican otra vez, en las orillas del Océano Glacial Ártico.

14.000 kilómetros a la venida y 10.000 a su regreso, son las cifras que asigna el balance anual de estos infatigables viajeros.

Los indios fueguinos

UN poco después de mediodía doblamos el cabo de San Diego y entramos en el famoso estrecho de Le Maire. Nos mantuvimos cerca de la costa fueguina, pero el perfil de la abrupta e inhospitalaria isla de los Estados aparecía visible entre las nubes. Por la tarde anclamos en la bahía del Buen Suceso. Al entrar fuimos saludados en una forma extraña, propia de los habitantes de este país. Un grupo de fueguinos, ocultos en parte por el enmarañado bosque, se habían encaramado a un pico que salía sobre el mar, y mientras pasábamos saltaron a la parte más alta, y agitando sus andrajosos mantos lanzaron un fuerte y sonoro clamoreo. Los salvajes siguieron el barco, y precisamente al empezar a anochecer vimos sus hogueras y oímos de nuevo sus gritos.

Por la mañana el capitán despachó un grupo a comunicar con los fueguinos. Cuando estuvimos a corta distancia, uno de los cuatro indígenas que estaban presentes se adelantó a recibirnos y empezó a vociferar con gran vehemencia, deseando indicarnos dónde debíamos desembarcar. Cuando la partida desembarcó en la orilla, los fueguinos parecieron alarmarse; pero siguieron hablando y gesticulando con gran rapidez. Era el más curioso e interesante espectáculo que jamás había presenciado: imposible imaginar la diferencia que existe entre el hombre civilizado y el salvaje; es mucho mayor que la que hay entre un animal silvestre y un domesticado, por lo mismo que el hombre es susceptible de ma-

yor perfeccionamiento. El jefe charlatán era viejo, y parecía ser el jefe de familia; los otros tres, jóvenes, fornidos y vigorosos, medían un metro y ochenta centímetros de estatura. Las mujeres y los niños no aparecieron por allí.

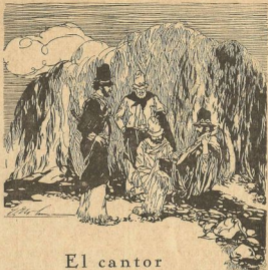
El viejo llevaba atada alrededor de la cabeza una cinta con plumas blancas, sujetando en parte sus negros, ásperos y enmarañados cabellos. Su rostro estaba cruzado por dos anchas rayas transversales, la una pintada de rojo vivo, que le llegaba de oreja a oreja, pasando por el labio superior, y la otra, blanca como tiza, extendida sobre la primera y paralela a ella, de modo que le tomaba también los párpados. Los otros dos hombres se adornaban con anchas rayas de polvo negro, hecho de carbón vegetal. El grupo se parecía mucho a los diablos que suelen presentarse en el teatro.

Son excelentes mímicos, de modo que cuantas veces tosíamos, bostezábamos o estornudábamos, otras tantas lo repetían ellos.

Podían repetir correctamente toda palabra de lo que les decíamos, y las recordaban por algún tiempo. Cuando mis compañeros entonaron una canción, creí que los fueguinos iban a caerse de asombro. La misma sorpresa les causó nuestro baile.

A pesar de estar apenas acostumbrados a tratar con gente civilizada, según lo que parecía, conocían y temían nuestras armas de fuego: nada pudo incitarlos a tomar una escopeta. Pidieron cuchillos, designándolos con la palabra española "cuchilla". Explicaron muy bien lo que querían, con ademanes, fingiendo tener en la boca un pedazo de carne y haciendo como que lo cortaban en lugar de desgarrarlo.

Carlos R. Darwin.



El cantor

El cantor no tiene residencia fija: su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna, en sus versos y en su voz. Dondequiera que el cielito enreda las parejas, dondequiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene lugar preferente, parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe si la música y los versos no lo excitan. Cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados

a la puerta anuncia desde lejos, dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. Tiene que darle cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos *desgracias* (muertes) que tuvo y algún caballo y una muchacha que robó. En el año 1840, entre un grupo de gauchos y a orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado sus robos con los trabajos que sufrió; lo de la desgracia y la disputa que la motivara; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa diera, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná que corría veinte varas más abajo, tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grito sin turbarse; viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas.

Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná el caballo sin frenos, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor agarrado a la cola, volviendo la cara quietamente hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegara sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Domingo F. Sarmiento.

Blancos contra negros

IMPENSADAMENTE, Juan se ha herido en un dedo. No le ha dado importancia a la herida, y sigue jugando. Los microbios que rondan por las inmediaciones, penetran encantados por esta puerta abierta, al lugar cálido y abrigado donde pasarán días deliciosos. Juanito ni remotamente sospecha la presencia de esta banda de malandrines; pero al día siguiente nota que su dedo está hinchado y que la herida, en vez de cerrarse, supura. Expuesta al aire, en contacto con mil objetos no siempre limpios, los microbios aumentan en ella considerablemente y despliegan victoriosamente su negro pendón.

En balde en la escuela y en su casa le han enseñado que cualquier herida debe desinfectarse inmediatamente; es decir, matar los microbios desde el principio y no dejarlos penetrar. Un poco de alcohol, tintura de yodo o agua oxigenada, son enérgicos bactericidas fáciles de emplear. Una gasa limpia, si esterilizada, mejor, debe usarse como venda. Pero Juanito, en el afán de seguir jugando, se olvida de tan saludables consejos.

Por fortuna hay en la sangre unos glóbulos blancos llamados leucocitos, que pasan inadvertidos entre la enorme cantidad de glóbulos rojos. En continuo movimiento recorren todo el organismo, centinelas avanzados de un gran ejército que nos defiende de invasiones extrañas. Así que notan la intromisión de los primeros microbios dan la voz

de alarma, y las huestes blancas, en batallones de apretadas filas, van a defender el terreno palmo a palmo.

Allí no hay armas de fuego, ni granadas de mano ni gases asfixiantes como en las malhadadas guerras de los hombres, pero chocan los blancos contra los negros y en el enardecimiento del combate se devoran los unos a los otros. Un tendal de muertos queda en el campo, y sus restos los expulsa la herida en forma de pus.

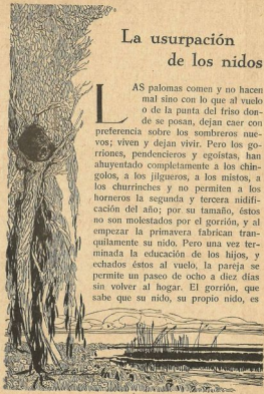
A veces el combate se decide pronto; a veces dura días y días. Ora retroceden los negros, ora los blancos. De afuera llegan nuevos invasores, y del interior refuerzos blancos que el organismo fabrica con premura porque sabe que en ello quizá le va la vida; y el combate se renueva con ardor.

¿Quién vencerá? ¿Los blancos? ¡Ojalá! Ello significaría la salud y la vida. Pero si desgraciadamente fueran derrotados, ¡pobre Juanito! ¡Cuán caro podría pagar su descuido!



La usurpación de los nidos

LAS palomas comen y no hacen mal sino con lo que al vuelo de la punta del friso donde se posan, dejan caer con preferencia sobre los sombreros nuevos; viven y dejan vivir. Pero los gorriones, pendencieros y egoístas, han ahuyentado completamente a los chingolos, a los jilgueros, a los mistos, a los churrinches y no permiten a los horneros la segunda y tercera nidificación del año; por su tamaño, éstos no son molestados por el gorrión, y al empezar la primavera fabrican tranquilamente su nido. Pero una vez terminada la educación de los hijos, y echados éstos al vuelo, la pareja se permite un paseo de ocho a diez días sin volver al hogar. El gorrión, que sabe que su nido, su propio nido, es



grosero y expuesto a la intemperie, se apodera del ranchito de barro del hornero, y cuando la pareja, después de una semana de paseo, vuelve a sentir la nostalgia del hogar, aparece en el umbral de la puerta, terrible ahora porque sabe que tiene las espaldas resguardadas, el gorrion macho, que se ha apoderado del palacete del hornero burgués. No hay discusión posible con ese energúmeno: los propietarios se retiran resignados; y como el amor es capaz de fuertes empresas, a mediados de diciembre resuelven fabricarse otro pequeño hogar. Es bien sabido que la naturaleza no está de acuerdo con las resignaciones ni con la buena voluntad asistida de razones justas.

Es diciembre. Con más dificultad que a fines de invierno y primavera, la parejita echa los cimientos de la nueva casucha; pero la naturaleza hace llegar tres o cuatro días de soles agostadores y calores desesperantes que resecan la tierra e impiden amasar el barro; la obra queda interrumpida para siempre: el hornero vive a la intemperie hasta fines de invierno, y el gorrion goza del abrigo, de la frescura y de la impermeabilidad de la casucha en que la pareja propietaria puso todos los esfuerzos de su juventud. Esa casucha que es respetada hasta por los chicuelos del campo, es violada por el gorrion. En las horas de la siesta, cuando el pájaro usurpador descansa en el umbral de la vehemencia batalladora de la mañana, me parece verlo tranquilo fumando su pipa. Es el más peleador del reino alado, y es tan amargo y coriáceo que no sirve ni para la polenta con parajito.

Clemente Onelli.



El naufragio del «Mafalda»

El 25 de octubre de 1927 naufragó frente a las costas del Brasil el transatlántico italiano "Principessa Mafalda", que venía a Buenos Aires con mil doscientas personas a bordo. El diario argentino "La Prensa" publicó el 3 de noviembre la versión de las comunicaciones inalámbricas mantenidas por el vapor "Formosa", algunas de las cuales reproducimos a continuación.

A las 19.35 horas. Del "Principessa Mafalda" a todos: S. O. S.
Del "Mafalda" al "Formosa": Estamos en peligro. Espere Daremos nuestra posición de mediodía con velocidad de 12 millas. Espere. He aquí nuestra

posición: latitud 16° 58' Sur; longitud 37° 31' Oeste. Venga en seguida; necesitamos asistencia.

Del "Formosa" al "Mafalda": Recibimos todo. Damos posición de ustedes al comandante.

Del "Mafalda" a todos: El barco que está a la vista, ¿cómo se llama?

A las 19.45 horas. *Del "Empire Star" al "Mafalda":* Aquí "Empire Star"; estamos cerca, a la vista. ¿Qué peligro corre usted?

Del "Mafalda" al "Empire Star": Estoy en la cabina de radio; no sé qué pasa; sólo sé que el comandante me dice: llame S. O. S. y pida auxilio; aquí serio peligro en la máquina.

A las 19.51 horas. *Del "Formosa" al "Mafalda":* Vamos hacia ustedes. Llegaremos a las 20.30.

A las 20 horas. *Del "Formosa" a todos:* Damos S. O. S. del "Mafalda" y decimos que vamos hacia él.

Del "Empire Star" al "Formosa": Estamos salvando sobrevivientes.

Del "Formosa" al "Mosella": Transmitimos S. O. S. del Mafalda y pedimos que venga.

A las 20.54 horas. *Del "Mosella" al "Formosa":* Continuamos nuestro viaje hacia el "Mafalda". ¿Qué le pasó al "Mafalda"?

A las 21 horas. *Del "Formosa" al "Mosella":* No lo sabemos exactamente. Llegaremos a las 20.30.

A las 21.50 horas. *Del "Mafalda" al "Formosa":* Lancen fuegos artificiales y preparen todos sus botes de salvamento; hay mucha gente a bordo y estamos sin embarcaciones.

A las 22 horas. *Del "Empire Star" al "Mafalda":* ¿Cuántas personas quedan a bordo?

Del "Mafalda" al "Empire Star": Espere un momento, voy a preguntar. No sé cuántas son exactamente. Muchos

se fueron ya con los botes pero quedan muchos todavía. Creo que tenemos cerca de 500. Preparen los botes.

A las 22.52 horas. *Del "Mafalda" al "Formosa"*: Es urgente; vengan rápido, la nave está por darse vuelta. Ayudadnos y venid los tres aquí.

Del "Formosa" al "Mafalda": Coraje; estamos en el lugar del naufragio. (En este momento aproximadamente el "Formosa" se hallaba a pocas decenas de metros del "Mafalda").

Del "Mafalda" al "Formosa": Sí, gracias; muchas gracias; tenemos coraje; pero es por muchas mujeres y niños.

A las 23.30 horas. *Del "Mafalda" al "Formosa"*: Diga a sus embarcaciones que vengan a nuestro babor, porque a estribor es imposible. (Después de este despacho el "Formosa" no volvió a oír al "Mafalda").

A las 0.9 horas (día 26). *Del "Formosa" a todos*: Comunicamos a todos que el "Mafalda" se ha hundido y que aquí estamos cuatro naves recogiendo náufragos.





Oles de Pedro Gambini.

Colón pisa tierra americana.

Petronio

PETRONIO se va... Petronio se muere... Su ancha y bondadosa cara demacrada por la enfermedad, devastada por el pesar profundo, se humaniza cada vez más bajo la mortal congoja. Es un espectáculo triste que siempre tengo ante la vista y que insistente me muerde la conciencia; y sin embargo si yo pudiera iría a dejarlo libre entre los naranjos floridos del Paraguay o entre las llanas y los helechos de las ruinas misioneras. Allí tendría por lo menos libertad; y engañado quizá por el ambiente tropical, creería ver su calurosa Borneo nativa, e, incansable y errante, iría de rama en rama, por leguas y leguas bajo el sol quemante en busca de su compañera extraviada, a la que hace apenas cuatro meses dió una última mirada de cariño infinito; a ella, que con el nene en los brazos lo esperaba de regreso a la noche. Y a la noche Petronio no volvió. Entonces no era Petronio; era un hombre libre del bosque, un amoroso



padre que iba en busca de fruta silvestre, frugal alimento de ese hogar primitivo. Su prudencia extremada que le había hecho superar mil peligros durante veinte años de su vida, en aquel maldito día vaciló un momento; quizo bajar a tierra en ese colchón de verde que por casualidad rara se encontraba en la espesura del bosque y ¡oh, qué momento! La tierra se abrió bajo sus pies y se precipitó al fondo de un pozo, trampa preparada por los indígenas para cazar tigres.

Después un estrecho cajón de fuertes maderas de la selva, y un puñado de arroz y agua; luego el constante ruido de las trepidaciones de la máquina de un buque que lo llevaba a través de los mares: el Indico, el Rojo, el Mediterráneo, el Atlántico.

El inocente hombre del bosque llegó aquí; se le dió un estrecho cuarto, se cuidó de su salud y de su higiene y cambió de nombre: fué Petronio.

Miró tristemente el verde paisaje, los lagos, la festiva nota estival de los trajes femeninos, las flores, pero lo vió todo a través de una reja y dió vuelta la cara; prefirió la covacha sombría, monótona y encerrada, del aposento interior. Y allí, agachado, hundido por tanta

miseria sin esperanzas, tomó el aspecto resignado de la desesperación sin remedio.

La nostalgia inmensa, el profundo mal moral ha minado su físico: está enfermo, muy enfermo; acepta apenas cada dos días unas cucharadas de leche; al arroz nativo ni lo mira; el perfume de frutas vistosas no lo tienta. Petronio con la cabeza hundida entre los hombros mira de tarde en tarde sus negras y largas manos, cada día más descarnadas, y no quiere ver a nadie y casi no responde a la voz cariñosa, que lo llama y convida con nuevos manjares.

Un día, al ofrecerle la jarra llena de leche tibia y espumosa se levantó tambaleante, se aproximó, dobló ligeramente la cabeza, con un gesto de disgusto hacia la leche, después mirándose fijamente en los ojos, tocó con toda intención el cerrojo de la jaula, lo comprendí: me pedía la libertad, y como hice el que no entendía, descorazonado el pobre negro, volvió a acurrucarse, hundido en su desgracia.

Petronio el primer mes me odiaba, se daba cuenta de que yo lo tenía encerrado; pero quizá ahora ha llegado a entenderme; cuando lo llamo, aunque no acepta la leche, viene a veces a sentárese cerca, como en un

locutorio de enclaustrados; deja que lo acaricie y que le toque sus grandes y perfectas uñas, como cuidadas por un manicuro.

Hoy Petronio ha tenido un fenómeno nuevo y desesperante; por complacerme aceptó dos cucharadas de la leche; las devolvió al rato y quedó acostado todo el día. Para distraerlo le ofrecí un espejo, se miró con tristeza largo tiempo; después alargó los labios e imprimió sobre el frío cristal un beso, el último que recibiría en su vida.

Duerme al fin Petronio; descansa tranquilo de su larga prisión, inocente holocausto, víctima de la inconsciente maldad humana.

Reposa... A las cinco de la tarde de ayer, cuando las moscas se aglomeraban con mayor saña sobre sus huesos descarnados; cuando sus compañeros de cautiverio, no tan resignados como él, sacudían violentamente las rejas de las otras celdas; cuando afuera, la muchedumbre alborozada bajo el triunfo de un sol poniente, se agolpaba a la puerta de su cárcel, y entre gritos y carcajadas pedía con insistencia que saliera Petronio, él, dulcemente, sin un quejido, se iba lentamente extinguiendo. Por la mañana tuvo un síncope: el director, su involuntario ver-

dugo y enfermero carifoso, se le acercó para reanimarlo con éter; volvió en sí; lo miró con pupila aun penetrante, extendió suavemente la mano descarnada para ajejar el remedio y se encontró con la del que lo asistía.

Aquella antes vigorosa tenaza de músculos, hizo dulce presión sobre la mano del blanco, del de la raza superior que lo había vencido y martirizado y destruido su vida; la mano blanca, suave, del hombre vencedor, estuvo largo rato entrelazada con la ruda, escamosa y satiresca mano del mono vencido; pero era el pobre mono, era Petronio el que, generoso en ese momento supremo, concedía el perdón: más noble, mucho más noble que Espartaco, el esclavo que moría maldiciendo a la odiada raza de Roma.

Empezó la agonía a las dos de la tarde; la negra cara empalidecía, tomaba un color ceniciento; la respiración se hacía más leve, levísima; abrió un momento los párpados pesados y extendió su oscuro labio como para un beso de amor; quizá en ese supremo momento vibraron las moléculas de su cerebro, renovando recuerdos ya lejanos: el bosque de Oceanía, la mujer, el hijo que le tendiera

los brazos contestando su último adiós.

A las cinco se entreabrió la puerta exterior para darle un poco más de aire: un parpadeo y quedó muerto con los ojos abiertos.

Desde su cuarto sombrío, co-

mo una cámara oscura, la última visión que ha impresionado la retina de este inocente ha sido el abigarrado vaivén, el curiosear indiscreto de cien ojos que sondeaban la sombra para verlo: los ojos de aquellos que tanto aborreció en vida.

Clemente Onelli.



Sí, pobre viejecita

¡Sí, pobre viejecita!, ya ninguno te escucha,
los fastidios a todos con tu buena memoria;
tu lentitud es grande; su frivolidad, mucha,
y te huyen porque siempre narras la misma historia.

Pero yo soy paciente, y sentado a tu puerta
escucharé. No temas; puedes hablar tranquila,
mientras menea el viento las ramas de la huerta
y se muere a lo lejos un crepúsculo lila.

Déjalos que se vayan, en su atolondramiento,
a decir ellos y ellas palabras mentirosas,
y cuéntame, abuelita, tu mismo viejo cuento,
al compás de tus manos largas y sarmentosas.

Amado Nervo.



El Día de la Raza

LAMANSE razas a los grandes grupos o familias humanas, de origen común e idéntica función histórica. Nosotros pertenecemos a la raza española, comprendiendo en tal dominación a España y Portugal, y a todos los pueblos que son hijos suyos y que forman actualmente en América diez y nueve naciones independientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela.

Para celebrar las virtudes de la estirpe, y propender a un acercamiento mayor de todos estos pueblos, se ha elegido el día 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, como Día de la Raza.

Es, efectivamente, el 12 de octubre de 1492, el día inicial de una gran epopeya, no igualada en los fastos de la historia. El descubrimiento de América y su conquista, ponen de relieve el temple de aquellos hombres casi legendarios, que arrojando peligros sin cuento se internaban en el corazón desconocido y misterioso de América para arrancarle sus tesoros fabulosos y plantar en él el estandarte de su patria y el símbolo de su fe.

Seguramente, hijo mío, no habrás leído novela de aventuras, por fantástica que fuera, con más lances y episodios que las vidas de Colón, de Balboa, de Hernán Cortés, de

la Historia, pasarían por creaciones de una imaginación desordenada!

Pues bien; de ese temple eran los hombres, hasta los más oscuros, que enviaba España para fundar en estas tierras de América la raza nueva en que se perpetuarían las excelencias de la estirpe a través de los siglos.



El protector

CUANDO pequeño, mi madre me conducía de la mano, me guiaba por todos los caminos. Un día partí a estudiar lejos, varios años, y hube de valerme ya solo. Sin embargo, durante aquella separación, Señor, aun pensaba yo en mi madre como un niño; mis cartas llamábanla "mamá", y las tuyas me acariciaban, cubrían de besos a su muchachuelo.

Pasó tiempo, otros años pasaron, y la vida tornó a reunirnos. Fué allá, en una ciudad del Norte, donde ciertas ambiciones me llevaron en busca de fortuna, y en la cual sentíase extranjera entre las gentes y las costumbres.

Entonces, de repente, nos hallamos con que había llegado un camino por el cual debía yo conducirla a ella. Esa mañana trémula y dorada hubo en mi corazón como un desbordamiento de orgullo: dirigía yo a mi madre ahora; yo la imponía de cuanto era discreto hacer, porque, además de no conocer aquella tierra, parecía ignorar la marcha de los tiempos nuevos; yo, el fuerte, la guiaba; y ella, la débil, la remisa, entregábase a mi saber y a mi prudencia.

Un día llega siempre, Señor, en nuestra vida, a partir del cual, como empieza el árbol a dar sombra y abrigo a sus raíces, los hijos comenzamos a cobijar a nuestra madre.

Esa mañana trémula y dorada, siempre hay una fiesta en nuestro corazón; pero también perdemos el supremo bien de una madre que nos besa, nos cubre y nos protege cuando estamos desarmados. Desde entonces mi viejecita es una criatura que yo conduzco de la mano.

Y ahora no sé, madre, qué dicha vale más: si aquella

cuando tú me amparabas porque yo permanecía el más débil, o ésta en que mi alma pone un brazo alrededor de tus hombros y te lleva como a una hija.

Eduardo Barrios.





Los árboles

CUANDO juegan los niños en los parques arbolados, una alegría indecible les pone canciones en los labios, luz en los ojos y sonrosado color en las mejillas. ¿De dónde viene ese effluvio misterioso que tales transformaciones opera?

Hijo mío, viene de los árboles. Los árboles son obreros dignos de figurar en los cuentos de hadas: en sus misteriosos laboratorios trabajan con aire y con rayos de Sol. Con aire y con rayos de Sol fabrican el oxígeno que te llena de alegría, las frutas que te alimentan y hasta las ropas que te abrigan.

Los árboles son generosos: todo lo dan; nada guardan para ellos: "Ellos hacen tablas y vigas; hacen leña; hacen carbón; hacen pan; hacen alcohol; hacen aceite; hacen cacao; hacen café; hacen azúcar; hacen refrescos; hacen papel; hacen seda; hacen quina; hacen forrajes; hacen uvas, higos, dátiles, naranjas, melocotones, peras, cerezas, manzanas; hacen tierra vegetal; hacen manantiales; hacen oxígeno; hacen salud; hacen pájaros; hacen poesía; hacen hogar; hacen sombra; hacen país. . ."

Sin los árboles, la vida en la tierra sería imposible. Ellos purifican la atmósfera, detienen las tormentas, regulan las lluvias, alejan el rayo de la casa del hombre. Cuando el huracán, como el ogro de los cuentos, se acerca rugiendo,



los árboles agitan sus ramas y lo enredan en ellas y lo detienen; cuando la nube cargada de humedad, flota indecisa en la altura, ellos la llaman y la atraen, y consiguen de ella el agua necesaria; cuando el rayo amenazador blande su espada de oro en el cielo tempestuoso, ellos le ofrecen sus ramas más altas para que descienda por ellas y se hunda impotente en el seno de la tierra.

Para conquistar el desierto, no precisa, el hombre, otros soldados que los árboles. Así se conquistó la pampa inmensa y deshabitada: plantando árboles y árboles hasta formar el bosque. Fenómeno contrario ocurre allí donde el bosque es talado sin tasa ni medida; allí es el desierto el conquistador. Por eso, cortar un árbol sin plantar otros dos, debiera ser considerado como un crimen contra la sociedad.

Hijo mío, planta árboles, muchos árboles, en dondequiera. No pienses nunca si llegarás algún día a descansar a su sombra, o a saborear sus frutos. Planta árboles; planta para los demás, para la sociedad en que vives, para la Patria. Planta árboles; ellos crecerán a la par tuya, y cuando seas hombre, ellos alegrarán tu vista, protegerán tu casa, cantarán para ti, al soplo de la brisa, alegres canciones; y cuando tú seas viejo, ellos serán jóvenes todavía; y tú morirás, pero ellos te sobrevivirán muchos años, y se mostrarán a tus hijos, y a los hijos de tus hijos como obra de tus manos, de tu laboriosidad, de tu esperanza.

A u t o r

TU dices que papá escribe muchos libros, pero yo no entiendo una palabra de lo que él escribe. Toda la noche te estuvo leyendo cosas. Di, ¿entendías tú lo que él quería decir? ¡Tú sí que podrías contarnos cuentos bonitos, madre! ¿Por qué no los escribirá papá así? ¿Es que su madre nunca le contó historias de gigantes, de hadas y de princesas? ¿O se le habrán olvidado ya todos?

* * *

Algunos días tienes que llamarlo cien veces para ir al baño. Y le esperas, y vuelves a calentarle la comida. Y él escribe que te escribe, olvidado de todo. ¡Siempre jugando a escribir libros!

Pero si yo voy a jugar a su cuarto, tú vienes corriendo por mí y me gritas:

—¡Qué travieso eres, hijo!

En cuanto hago un poquito de ruido, ya me estás tú diciendo:

—¿No ves que papá está trabajando?

¡Ay! ¿Qué gusto le sacará a estar siempre escribiendo?

* * *

Y cuando yo tomo el lápiz o la pluma de papá, y me pongo a escribir como él: a, b, c, d, e, f, g, h, i, en uno de sus libros, ¿por qué te enfadas conmigo, madre? ¡A él no le riñas porque escribe! Nada te importa que él estropee tanto papel. Pero si yo arranco una sola hojita para hacer un barco, ya estás tú diciéndome:

—¡Ay, hijo, qué cargoso eres!
¡Y a papá que echa a perder tantas hojas, haciéndoles
marcas negras por los dos lados, no le dices nada!

Rabindra Nath Tagore.





Las flores

DE todas las flores, Consuelito, ¿cuál te gusta más, vamos a ver?
—Cada una por algo, me gustan todas por igual. Desde que nací estoy entre ellas... Usted calcule... A todas las quiero. Cerrando los ojos, por el olor las conozco a todas. Yo creo que si me sacaran de aquí alguna vez, me moriría.

—¿Y les da a ustedes mucho que hacer el huerto?

—Sabe usted que como se hace a gusto, una no lo nota. El trajín mayor lo tenemos por la mañana.

—¿Sí?

—Sí. ¿No ve usted que casi todos los floristas vienen muy temprano? Los de la Encarnación, sobre todo, vienen al ser de día; ya nosotras les tenemos preparadas las flores. Mi madre y yo nos levantamos todavía con estrellas, y comenzamos a cortar las blancas, que son las que mejor se ven en esas horas... Y luego, poco a poco, cuando va llegando la luz del día, se van distinguiendo los colores de las otras, y así que las vemos las cortamos también. Es una faena muy bonita. Al principio mira una para el cielo y no ve más que estrellas... y mira para el huerto y casi no ve flores; pero apenas va viniendo la aurora, pasa al revés: no queda ni una estrella allá arriba y aparece cuajado de flores todo esto .

—Sí que será digno de verse.

—A mí me pasó una mañana una cosa que me tuvo preocupada todo el día... Figúrese usted que cada vez que yo cortaba una flor se iba una estrella... ¿No hay para preocuparse, don Bernardo?

—Me encanta oírte, Consuelito. Sigue, sigue diciendo cosas.

—Eso es, para luego divertirse usted conmigo.

—Sea para lo que sea... Escucha: ¿A lo que le temerán ustedes más que a un dolor será a las tormentas?

—¡Ay, no me hable usted de eso!... Son una ruina para nosotros... Yo me pongo más triste... En el mes de mayo pasado, pocos días después de irse usted de viaje, hubo aquí una espantosa. Yo no sé por qué me acordé de usted mucho... Mi madre se pasó llorando toda la tarde; mi hermana metió la cabeza debajo de un colchón, porque se asusta de los truenos. Sólo nos quedamos viéndola el abuelo y yo, que somos más valientes. No sabe usted la pena y la angustia que a mí me daba ver todas mis flores, que no hacen mal a nadie, acobardadas por el viento que las sacudía y con el agua que caía muy inclinada y muy fuerte... Parecía que las pegaban y las castigaban por algo malo que habían hecho. Los capullitos se tronchaban enteros; las ramas grandes caían desbaratadas; los claveles daban todos contra el suelo sin despegarse de las ramas; los jazmines se quedaban sin una flor... Jesús ¡no quiero acordarme!... Cuando pasó la lluvia y nos asomamos aquí fuera a ver el daño hecho, nos daba lástima pisar... Y luego, cuando salió el sol, con el gotear de todas las hojas, me acuerdo yo qué me pareció a mí como que el huerto entero estaba llorando...

S. y J. Alvarez Quintero.

(Adaptación de "Las Flores")

Cuidemos nuestro aparato nervioso

CONSIDERAMOS el aparato nervioso como el asiento material de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad. Mediante él pensamos, deseamos y queremos. Vigila y dirige con celo todas las funciones que se realizan en nuestro organismo, por lo que se lo compara con las autoridades o el gobierno que dirige un pueblo.

Pero todos los órganos funcionan solidariamente, por lo cual, un organismo empobrecido, ve disminuida la potencia de sus facultades intelectuales. Por eso los antiguos, que habían observado mucho, decían con justa razón: "Mente sana en cuerpo sano".

El aparato nervioso, por las funciones en que interviene, es el que da al hombre el sello característico de la personalidad humana. La parálisis y los trastornos del lenguaje, la idiotez y la imbecilidad, tienen su origen directo en perturbaciones o enfermedades del aparato nervioso. El alcohol y el tabaco, la morfina, cocaína y demás alcaloides, son venenos enérgicos para él, y en procura del beneficio personal y social, debe, pues, hacérseles una guerra sin cuartel.

Pero existen otros enemigos tan graves como aquéllos: la fatiga nerviosa o "surmenage", y las emociones violentas del cinematógrafo y de las novelas folletinescas de peri-

cias truculentas. Demás está decir que debemos huir de las emociones violentas y evitar toda fatiga nerviosa, sea de la clase que fuere. La higiene intelectual es tan importante como la higiene física.

En las escuelas, los horarios, la variedad de las materias, la sucesión de los recreos y de las horas de trabajo, el descanso hebdomadario y las vacaciones anuales, entre otras disposiciones, han sido establecidas, no al acaso y por capricho, sino de tal modo que tiendan a favorecer el desarrollo corporal e intelectual de los niños.

Pero todo sería vano si no procuráramos con el sueño el necesario descanso, porque es precisamente durante este período cuando el aparato nervioso repara las energías perdidas durante la actividad de la vigilia. Un niño de 9 a 14 años que haga una vida normal, debe dormir diariamente de 8 a 9 horas.

No olvide, una vez más, que la salud del cuerpo y una vida ajustada a los preceptos de la higiene (comida sana, aire puro, luz solar, aseo cuidadoso, trabajo y juegos alternados), aseguran el buen funcionamiento de la mente.



Epigramas

PESO BRUTO

El macizo don José
pesarse un día dispuso,
y al efecto, fué y se puso
en la báscula de pie.

El pesador, que era Andrés,
dijo, después de un minuto:
—¡Diez arrobas! —¿Neto o bruto?
—Bruto... tal como usted es.

ARTE DIABÓLICA

Admiróse un portugués
de que aun en su tierna infancia,
todos los niños en Francia
supiesen hablar francés.

—Arte diabólica es—
dijo torciendo el mostacho—
que para hablar en gabacho
un fidalgo en Portugal,
llega a viejo y lo habla mal...
¡y aquí lo parla un muchacho!

Moratin.

DICCIONARIOS

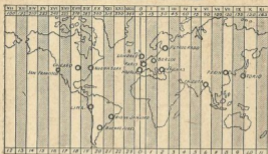
—¡Vaya si será animal
el que hizo este diccionario
de la Lengua! — exclamó Hilario.
—No hallo en él "fosa nasal".
Y su mujer, ¡infeliz!,
dijo de su fama en mengua:
—¡Pero hombre en el de la Lengua!...
¡Busca en el de la nariz!

Casimiro Prieto.

El reloj

HAS pensado cuán indispensable es para la vida de los pueblos la determinación exacta de la hora oficial? Hoy, el hombre vive pendiente de lo que indican las manecillas de su reloj; ellas le determinan las horas de actividad y las horas de reposo; el momento de abandonar el lecho, de sentarse a la mesa, de iniciar el trabajo; ellas cuentan para ti las horas de clase y los minutos de recreo; ellas señalan el instante en que deben los trenes llegar a tal punto o cruzar por tal paraje, y de su precisión y regularidad puede depender la vida de muchos individuos. Toda la vida ciudadana se mueve con el ritmo que marca el tic tac del complicado y delicadísimo mecanismo.

Pero la hora no es una convención caprichosa de los hombres sino que depende del sol. Al pasar el astro rey justamente por el meridiano de un lugar indica el preciso instante del mediodía. Observa ahora que primero pasa el sol por Buenos Aires, luego por Córdoba y luego por Mendoza. Hemos tomado estas tres ciudades ubicadas respectivamente en el este, en el centro y en el oeste del país, como hubiéramos podido tomar otras tres u otras cincuenta cualesquiera situadas con igual orientación. Pues bien, cuando son las doce en Córdoba, son en Buenos Aires las 12 y 23 y en Mendoza 11 y 41. Figúrate lo que ocurriría si cada ciudad y cada pueblo se manejara por la hora de su lugar. Por eso se ha determinado la hora oficial. En todo nues-



tro país, desde el 30 de abril de 1920 son las doce, cuando el sol pasa por el meridiano de Chivilcoy.

Es curioso para ti también, saber qué hora marcan en determinado momento los relojes de los países más alejados de nosotros. Observando el mapa que ilustra esta lectura podrás darte cuenta de ello. Cada lista sombreada o blanca, representa quince grados, o sea una hora de tiempo; es lo que se llama un huso horario. Cuéntalos: deben ser tantos como horas tiene el día.

La flecha indica el sentido en que marcha el sol. Buenos Aires está situada en el huso número 20; Londres, Madrid y París, en el huso número 0, o sea cuatro husos de diferencia, cuatro horas de diferencia. De modo que cuando en nuestra ciudad son las doce, en esas capitales europeas son las 16. En igual forma podemos averiguar que cuando para nosotros es mediodía, son las 11 en Lima y en Nueva York, las 8 en San Francisco, las 24 en Pekín y la 1 del día siguiente en la capital del Japón.

Pero esta es la hora oficial de nuestro país desde el 1.º de marzo al 31 de octubre. Desde el 1.º de noviembre

hasta fin de febrero, con el objeto de aprovechar más la luz del sol, debemos adelantar una hora nuestros relojes, de manera que durante ese tiempo dejemos el huso horario que nos corresponde, para tomar el del Brasil. Viviendo como se vive hoy, en las ciudades, bajo la tiranía del reloj, supone este cambio de hora, aparte de una importante economía de combustible, la ventaja higiénica de levantarnos más temprano, de ponernos más en contacto con la naturaleza y de gozar siquiera una hora más de sus benéficos encantos.





La hiedra

La hiedra necesita la rugosa
superficie, la grieta, la saliente,
para asirse hábilmente
y trepar a la almena misteriosa...

Imitadla. Que toda la aspereza
y aristas que encontréis en el sendero,
os sirvan de asidero
para ascender a la inmortal grandeza!...

Margarita Abella Caprile.



El amanecer

UNA luz vivísima y dorada tiñe las cumbres, ilumina el bosque, inunda el mar con sus lenguas de fuego.

Las frondas perezosas del dormido valle se despiertan temblando al recibir las caricias del Sol; una muchedumbre de joviales pajarillos entona su vivo concierto en la copa de los árboles, bajo la pura gloria de la mañana.

Siento una alegría y una frescura deliciosas; la luz, un poco soñolienta todavía, me envuelve como una llama que alumbra y calienta sin quemar; el cielo tiene un color purísimo y delicado; da la impresión de un rostro juvenil y madrugador, recién lavado en las aguas del mar, matizado de sangre y de sol.

Ricardo León.

Elección difícil

PABLO. — Supongámonos, mis queridos sobrinos, en medio de un país desierto sin poder contar con ninguno de los recursos que nos ofrece la civilización. Defender nuestras vidas y procurarnos alimentos, son las grandes preocupaciones de todos los instantes. Alrededor nuestro se extienden, sin límites visibles, bosques temerosos donde rugen, aúllan y braman miles de animales feroces que nos desgarrarían con sus garras o nos destrozarían con sus dientes o con sus cuernos si llegaran a sorprendernos. Para escapar a sus ataques sólo podemos elegir entre el refugio de una gruta cuya entrada cerramos con piedras penosamente arrastradas, o el tronco hueco de un viejo árbol, o mejor, su frondoso ramaje, si alcanzáramos a trepar.

Emilio. — Es la historia de Robinsón en su isla.

Pablo. — Pero Robinsón tenía a su alcance herramientas, armas de fuego, hachas, pólvora, etc., salvadas del naufragio. Nosotros no tenemos nada, absolutamente nada más que nuestros diez dedos. Nuestra situación no es muy cómoda. El hambre nos atormenta incesantemente; la caza abunda en el bosque, pero ¿cómo cobrarla? Si para engañar el hambre vamos en busca de frutas silvestres, las fieras darán pronto cuenta de nosotros. Una terrible alternativa nos espera: morir de hambre, o ser devorados por las más fuertes que nosotros.

Luis. — Semejante vida de Robinsón no me ilusiona, ciertamente.

Pablo. — Supongamos ahora, que el cielo se apiadara de nuestra angustiada situación y para sacarnos de apuro nos ofreciera uno de nuestros animales domésticos, a nuestra elección. ¿Cuál de ellos elegiríais vosotros, sobrinos?



Emilio. — Sin vacilar, yo elegiría la oveja. Unas cuantas

costillas asadas sobre las brasas me consolarían pronto de las penurias pasadas.

Julio. — La oveja se terminaría y entonces ¿qué sería de nosotros? Yo prefiero la cabra. Todas las tardes regresaría a la gruta con las ubres repletas de leche; tendríamos así alimento seguro para mucho tiempo, y un poco variado, puesto que con la leche fabricaríamos queso y manteca.

Pablo. — La cabra duraría quizá menos que la oveja de Emilio. Es necesario que salga a pacer, ¿y quién nos asegura de que a la primera salida no sea devorada por el lobo?

Julio. — La cuidaré bien.

Pablo. — Pero ¿quién te defenderá a ti mismo?



Julio. — Es verdad. Dejemos la cabra y elijamos la vaca. Ella puede defenderse a cornadas.

Pablo. — Si un lobo solo no puede, la atacarán dos o tres al mismo tiempo y la vaca no podrá resistir.

Julio. — El caballo, la mula, el asno, en estas circunstancias no podrían servirnos gran cosa. Con una gallina, por lo menos tendríamos un huevo diario.

Pablo. — Pequeño recurso, sobre todo si somos cuatro para comerlo. ¿Y estamos seguros de que el zorro la dejaría en paz?

Julio. — Nos queda el cerdo, pero tiene el inconveniente de la oveja de Emilio. Una vez comido el animal, el hambre redoblaría sus ataques. Dejo la elección a otros más hábiles.

Luis. — Yo eligiría sin vacilar el perro.

Emilio. — ¡Vaya un gusto! ¿De qué nos serviría el perro? Nos lamería las manos, ladraría delante de la gruta y roería los huesos que le arrojáramos. Sólo que, como no tendríamos huesos para arrojarle,

moriría de hambre.

Luis. — La utilidad que yo le encuentro es grande. Con ayuda del perro podríamos cazar liebres y tendríamos segura



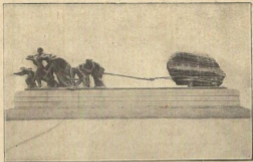
la comida para todos: para nosotros la carne, para el perro los huesos. En su compañía podríamos ir de un lado a otro sin el continuo temor de ser atacados de improviso; y si el lobo se presenta, nuestro vigoroso compañero sabría hacerle frente ahuyentándolo.

Julio. — Luis tiene razón. Me decido por el perro.

Emilio. — Las razones que enumera Luis son muy fáciles de comprender para que el perro no sea elegido por unanimidad de votos.

Pablo. — Sí, queridos sobrinos, lo elegiríamos por unanimidad de votos. En los comienzos, hace muchos siglos, el hombre vivió sólo de la caza. La cría del ganado, el cultivo de los campos, las industrias no eran conocidas. La bestia, acosada en los bosques con armas de piedra y bastones puntiagudos, era el único recurso; su carne proporcionaba alimento y su piel vestidos. Para cobrar las piezas era necesario un ágil corredor; para tener las fieras a distancia, era necesario un defensor lleno de coraje. Ese corredor, ese defensor, ese amigo fiel hasta la muerte, es el perro, don del cielo. Con su concurso, la vida fué menos peligrosa y el alimento más seguro. El hombre, de cazador se hizo pastor. El rebaño quedó al cuidado del perro, y, gracias a él, dió en abundancia leche y carne para el sustento, y lana para el abrigo. Entonces, sin la preocupación cotidiana de la comida, pudo el hombre labrar la tierra y hacerla producir. Nació la agricultura y con ella, poco a poco, la civilización. Por la fuerza de las circunstancias, el hombre en todas partes es cazador en sus comienzos, después pastor, y por fin, agricultor. Primero para la caza, después para el cuidado y defensa del rebaño, el perro le es absolutamente necesario. De todos los animales domésticos es el perro el más antiguo y el que ha prestaó al hombre los mayores servicios.

Juan E. Fabre.



E. Izurtia

Canto al Trabajo



El paño milagroso

TRES burladores vinieron a un rey y le dijeron que eran grandes maestros en el arte de hacer paños de tan maravillosa calidad, que para todos eran visibles, menos para quien fuera hijo de padres ladrones.

Agradóle mucho al rey la noticia, porque pensó que pose-

yendo uno de tales paños podría saber cuál familia de sus caballeros y servidores venía de padres honrados y cuál de ladrones, y pidió a los burladores que le hicieran una pieza de aquel maravilloso tejido.

Los burladores, antes de tejerla pidieron al rey grandes cantidades de hilillos de oro y

plata y madejas de lana y seda de todos colores, y para que viera que no le querían engañar le propusieron que los tuviera encerrados, con sus telares, en uno de sus palacios, por todo el tiempo que durara el trabajo.

Hízose como ellos lo proponían: los condujeron con todos sus implementos a una casa de campo del rey; instaláronse en una sala donde nadie pudiera verlos y tres veces cada día, de la propia mesa real, se les servían vinos y manjares en gran abundancia. El palacio entero retumbaba con el ruido de los telares durante todo el día.

Al cabo de medio mes de incesante labor los burladores mandaron decir al rey que les enviara más oro, plata, lanas y sedas, pues ya habían consumido lo que se les había dado.

El rey, antes de entregarles mayor cantidad de tan preciosas sustancias, mandó a la casa de campo a uno de sus cortesanos para ver si iba adelantado el trabajo.

Los burladores recibieron muy bien al cortesano, y antes de llevarle donde estaban los telares le explicaron la maravillosa condición del paño, que sólo podía ser visto de quien fuera hijo de padres honrados. Acercáronlo después a un telar ante el cual se puso a hacer como si

trabajara uno de los burladores, y el cortesano con gran maravilla, vió cómo la lanzadera, en medio del estrépito de todo el artefacto, iba y venía de un lado a otro, entre una invisible urdimbre sin que se viera la labor de su trama.

Palideció el cortesano, sospechando si sería hijo de padres ladrones cuando nada veía de lo que aquel hombre ejecutaba; mas por no dejar conocer su turbación púsose a alabar el primor con que el tejido iba realizándose. Entonces los burladores, llevándolo por otro lado del telar, fingieron mostrarle lo que ya habían hecho del paño. Levantaron sus manos en el aire como si sostuvieran una larga tela entre ellas e iban describiendo los grandes lirios de plata, que decían haber tejido sobre el dorado fondo del paño y la fresca guirnalda de rosas que, según ellos, corría por todo el borde. El cortesano cuanto menos veía más redoblaban sus signos de admiración.

¡Qué rosas! ¡Qué lirios! ¡Qué entonación! ¡Qué dibujo! no fueran a sospechar los maestros tejedores la mancha de su origen.

No bien llegado al palacio díjole al rey que había visto el paño, y entre grandes muestras de admiración repitió la pintu-

ra que de las labores tejidas en él le habían hecho los burladores, los cuales siguieron comiendo y bebiendo a cuenta del rey, en su salón del palacio de campo, en el cual resonaba todo el día el diligente estruendo de los telares. Un mes después, fingiendo haber agotado los materiales de su trabajo, para terminar su obra pidieron otra vez al rey nuevas cantidades de oro, sedas y plata, amén de perlas y esmeraldas para prender sobre las flores del paño.

En propia persona quiso entonces el rey ir a ver el maravilloso trabajo. No bien hubo llegado a la puerta del palacio, los burladores interrumpieron la batahola de los talleres y fueron a postrarse a los pies pidiéndole las manos para besarlas.

Después, con ademanes de profundísimo respeto, condujeron al rey ante los telares, y mientras uno de ellos hacía marchar el estrepitoso artefacto, los otros rogaban al rey que reparara en los numerosos que eran los cientos de hebras de la urdimbre y con qué perfección realizaba la lanzadera su trabajo. El rey miraba y miraba lleno de asombro y temor y nada veía sino el tejemaneje de una lanzadera sin hilos entre los desnudos bastidores del te-

lar. Una cruelísima sospecha relampagueaba en su ánimo: ¡cie-los!, ¡seré yo hijo de un ladrón! y a punto estuvo de caer desmayado. Rehízose como pudo y atendió a las explicaciones de los maestros, quienes hicieron primero como si desarrollaran una larga tira de paño, y como si la sostuvieran en alto, cogidas por ambos bordes, con mucho cuidado para que el precioso tejido no se rozara contra el suelo, al tiempo que iban explicando al rey las labores del paño, los lirios de plata sobre el dorado fondo, la doble cenefa de rosas de varios colores, el escudo de armas reales labrado en el centro de la prodigiosa pieza. Y el rey convencido ya de la escasa honradez de sus padres, atento a disimularla, fingió, lo mejor que supo, ver ante sí cuanto anunciaba la lengua de los burladores.

Llegado a palacio, pasó toda la noche sin poder dormir, en la desesperación y vergüenza de sentir que había sido un ladrón el rey su padre.

Por la mañana, con la esperanza remota de que le hubieran engañado los tejedores y poder restaurar en su interior la buena fama de su padre, mandó a su primer ministro a que viera el paño maravilloso y aquél regresó del palacio cam-

peste entonando alabanzas a la obra, y pintando uno por uno los lirios y guirnaldas.

No conforme aún el rey, envió allí al ministro de la guerra y al obispo, y al principal de sus médicos, y al jefe de las cocinas y todos regresaron desahaciéndose en exclamaciones de asombro al referir la hermosura del paño. Nunca tal cosa se había visto, según testimonio de todos, y el rey no conseguía ver nada.

Convencido ya de los atrocios paternos, puso todo su empeño el monarca en que nadie llegara a sospechar que no veía el paño, no fuera a divulgarse el vergonzoso hecho y sus súbditos lo derribaran del trono, no queriendo ser regidos por un hijo de ladrones. Por ello, el día en que los burladores fingieron traer con toda solemnidad el paño, envuelto en finísimos lienzos, e hicieron como si lo desenvolvieran en el salón del trono, en medio de las exclamaciones entusiastas de los cortesanos, el rey ordenó que de aquel precioso paño le hicieran con toda urgencia un traje, para lucirlo en la fiesta del santo patrono del reino que se celebraba de allí a dos días.

Los propios burladores se encargaron de la hechura: tomaron las medidas al rey; con

grandes tijeras fingieron cortar el invisible paño, y después dieron a entender que cosían los varios trozos, formando las diversas piezas del precioso traje.

Llegada la mañana de la fiesta, ellos mismos fueron a ataviar al monarca. Hicieron como si le pusieran y ajustaran la maravillosa vestimenta, y el rey, echando mano de todo su valor, pues él se veía en camisa y con las piernas al aire, con la cabeza erguida y nobles ademanes de majestad, atravesó entre las filas de los maravillosos cortesanos, que a gritos alababan la preciosidad del traje; bajó la escalinata de mármol del palacio, y en el patio montó en un soberbio caballo blanco para dirigirse a la misa solemne que en la catedral se celebraba.

Todo el mundo sabía ya la maravillosa calidad del traje, pues buen cuidado habían tenido de divulgarla los autores del paño y no hubo nadie que, a pesar de ver al monarca en camisa, dejara de ponderar la maravilla del vestido.

Así llegó el rey a la catedral, donde echó pie a tierra y fué solemnemente recibido por el obispo y cabildo, quienes bajo paño se disponían a conducirlo hasta el altar mayor, cuando un sacristán, por más señas borracho, metiéndose en medio de los

dignatarios de la iglesia, dijo a grandes voces: —A mi no me importa ser tenido por hijo de ladrón, que yo ni nadie sabemos quien fué mi padre, y por eso digo que estoy cierto de que el rey ha venido en camisa a la catedral.

Y cuando esto hubo dicho, un pilluelo que lo oyó, exclamó entre grandes risotadas:

—Sí, sí, verdad es: el rey está en camisa.

Y así, primero entre el pueblo que llenaba la plaza de la catedral y por último entre los señores del clero que rodeaban al soberano, se vino a recono-

cer en alta voz, por todo el mundo, que el rey había ido en camisa a la catedral.

Montó en gran cólera el soberano y ordenó que buscaran a los burladores que en tan ridículo paso lo habían puesto, para hacer terrible escarmiento de ellos.

Pero, los burladores estaban ya a buen salvo, a todo correr de sus caballos, llevándose consigo cuanto oro, plata, sedas y piedras preciosas les había dado el rey para tejer el maravilloso paño.

Infante don Juan Manuel.

(Adaptación)





La inundación

ANTES

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo transparente, el bosque umbrío,
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con las ramas juega.
Abre sus cauces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brio
el ribereño a su labor se entrega.
Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa que dora el sol, cerca divisa.
¡Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocheite risa.



DESPUÉS

¡Ay! Todo inspira horror; la noche oscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta,
su audaz corriente alborotada y suelta
extiende hasta los montes el Segura.
Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.
Hallando el valle a su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto ni la humilde choza;
y el labrador en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
entre las ruinas de su hogar solloza.

Gaspar Núñez de Arce.

Correspondencia epistolar

La Falda, enero 16 de 1933.

Querida prima:

Antes de que transcurra más tiempo quiero hacer llegar hasta ti, mi cariñoso saludo y dos fotografías que reproducen, pálidamente, las bellezas que la naturaleza ha volcado en estos apartados lugares. ¡Qué hermosas excursiones realizamos diariamente! Ora a caballo, ora en automóvil, recorreremos los caminos que serpentean por entre las sierras, descubriendo a cada paso sitios encantadores. Mañana, si el tiempo, lo permite, iremos en automóvil hasta Capilla del Monte. A la vuelta te contaré mis impresiones.

Con saludos afectuosos para tía y Susana, recibe el cariño de tu prima.

Esther.

P. S. Se me olvidó decirte que al salir el tren de Santa María, divisé a Rosa, la que fué condiscípula tuya en cuarto grado y a quien tanto querías. Aunque sólo tuve tiempo para saludarla, la noté mucho más gruesa que cuando la vi, meses atrás en tu casa. ¿Te acuerdas qué delgada y pálida estaba? Fué una sorpresa. No pensaba encontrarla veraneando por esas sierras, sobre todo sabiéndola de familia muy modesta.

Buenos Aires, enero 19 de 1933.

Querida Esther:

Muchas gracias por tus saludos afectuosos y las dos fotografías. A través de ellas adivino cuán preciosas deben ser aquellas sierras. Nos complacen mucho tus noticias y deseamos que prosigas las vacaciones con toda felicidad y alegría.

Hace tiempo que no tenía noticias de Rosa y me alegra pensar que pueda estar bien. Recuerdo que al leer tu carta, mamá hizo la siguiente reflexión: "Se conoce que a Esther la fortuna le sonríe". En efecto, Rosa no veranea como tú crees. ¿Recuerdas que tosía mucho y que el invierno le sentaba tan mal? Su constitución enfermiza, las pocas comodidades de que podía gozar en su casa, una alimentación quizá defectuosa, minaron su organismo débil de por sí, y la tuberculosis, la terrible enfermedad, hizo presa en ella. El médico entrevió una sola y única probabilidad: Quizá el clima de las sierras podría operar el milagro de su curación. Imaginate la desesperación de sus padres al saber la triste verdad; cada día el pensamiento de que su hija estaba tuberculosa hería cruelmente sus corazones. Eran pobres. ¿Qué hacer? Una estada en las sierras es cara. ¿Enviarla al sanatorio? ¿Cómo iba la madre a separarse de la hija sabiéndola enferma de cuidado! Su padre no podía abandonar el oficio y trasladarse a Córdoba. La buena madre resolvió entonces colocarse como sirvienta con una familia del lugar recomendado por el médico. Es así como desde hace tiempo viven en Santa María. Ojalá el clima opere la transformación y Rosa vea alejarse de su cuerpo el siniestro fantasma de la tuberculosis.

Saluda en mi nombre a tus queridos padres y recibe tú los cariños de quien mucho te aprecia. Tu prima.

Adela.



La hermana

Verano. Agosto. Declinaba el día
manchando el cielo de vapores rojos
y volvían, pisando los rastros,
dos niños — ella y él — a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:

—Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos,
no eran parvas de trigo, eran despojos
de una batalla en la que yo vencía...

—Pero... ¿y yo?...

—Deja; espera... Ebrio de gloria
yo volvía, después de la victoria,
y a ti, que eras la Reina, te buscaba...

—¡No, no!... la Reina es poca cosa... yo era
—dice la chiquitina — una enfermera:
y tú estabas herido y te curaba...

Eduardo Marquina.

El ahorro

UN joven marino, para ganar el sustento, hacía el servicio diario de pasajeros entre Nueva York y la isla Staten, que está en la misma bahía. Al cabo de un año quiso comprar el bote en el cual trasladaba a fuerza de remo sus numerosos clientes. Como no le alcanzara el dinero, fué a pedírselo prestado a un antiguo condiscipulo, su amigo Jacobo Baker, cajero de un gran Banco neoyorquino. Durante la conversación, Baker le preguntó si tomaba alcohol, y nuestro marinero le respondió que gustaba frecuentemente, al terminar su trabajo, de tomar un trago.

—Eso es malo — le dijo Baker —; procura no beber, y si en un año no has tomado ni una copa de licor, vuelve y te prestaré el dinero que necesitas.

Al año volvió nuestro hombre, que era muy honrado y sincero, y le dijo al amigo que se había abstenido por completo de beber, y que por consiguiente le prestara el dinero.

—Está muy bien — dijo Baker —, pero antes quiero saber si juegas.

—Alguna que otra vez, para entretenerme cuando no tengo nada que hacer, juego con otros marineros — respondió.

—Pues prestar dinero al que juega es muy expuesto. Deja de jugar y de aquí a un año ven a verme.

Así lo hizo el pobre barquero, y cuando se presentó a su amigo asegurándole que había dejado de jugar en todo el año y solicitándole el préstamo, Baker le dijo:

—Se me había olvidado de preguntarte una cosa. ¿Fumas?

—Sí; cuando acabo de remar y he desembarcado a mis clientes, suelo encender mi pipa.

—Eso es un gasto inútil y la nicotina es un veneno. Abs-tente de fumar y vuelve de aquí a un año.

Al finalizar el plazo, fué el joven a ver al cajero y le dijo:

—Vengo a dar a usted las gracias por sus buenos consejos que he seguido fielmente, y a decirle que ya no necesito el préstamo, pues con los ahorros que he hecho en estos tres años tengo lo bastante para comprar el bote y dos chalupas más.

El joven marinero no era otro que el famoso Vanderbilt, célebre multimillonario norteamericano.

(Adaptado de A. Cayás).





Platero y yo

Platero

PLATERO es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, acaricia tímidamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: ¡"Platero"! y

viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel... ¡Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paseo sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—¡Tiene acero!...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Susto

Era la comida de los niños. Soñaba la lámpara su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve, y los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de una áspera alegría fuerte aquel sencillo idilio de caras inocentes. Las niñas comían como mujeres; los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho al pequeñuelo, la madre, joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardín, la clara noche de estrellas temblaba, dura y fría.

De pronto, Blanca huyó, como un débil rayo, a los brazos de la madre. Hubo un súbito silencio, y luego en un estrépito de sillas caídas, todos corrieron tras de ella, con ruido alborotar, mirando espantados a la ventana.

¡El tonto de Platero! Puesta en el cristal su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, contemplaba, quieto y triste, el dulce comedor encendido.

La muerte

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fuf a él, lo acaricié hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y mecía sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la hierba...

A mediodía Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...

Juan Ramón Jiménez.



Una visita a las caleras de San Antonio

AYER hemos visitado las caleras. Un ingeniero amigo consiguió de la empresa el permiso para recorrer la explotación. En un coche acoplado al tren "decauville" que diariamente acarrea el material hasta la estación de Valle Hermoso, hemos efectuado el viaje.

A cada rato el chirrido estridente de las ruedas denunciaba una curva cerrada, como que contorneábamos la sierra para ir cobrando altura.

Veinte minutos después descendíamos frente al lugar de la explotación, que se practicó a cielo abierto.

Sobre la roca desnuda la luz del sol reverberaba con destellos vivísimos, e instintivamente la vista buscaba lugares sombríos donde reposar. El oído sufría a la par con el chirrido incesante de las "zorras" que recorren los rieles tendidos precipitadamente y con el repiquetear fragoroso de los barrenos eléctricos que rompen los bloques pequeños y preparan las cavidades donde han de estallar, al anochecer, los petardos.

Los obreros, acostumbrados a la reverberación y al ruido, trabajan activamente manejando con soltura sus pesados hieiros. Remueven y cortan unos, los bloques que saltaron en las explosiones del día anterior; aprontan otros, nuevas galerías; más allá, algunos, retiran vigas y pasarelas, mientras

otros las tienden aquí cerca. Diariamente parten para los hornos decenas de vagones cargados con piedra de cal. Mientras la montaña disminuye paulatinamente, las construcciones de la ciudad se alzan ufanas.

Aquí el trabajo es rudo y las manos encallecen bien pronto. La piedra es difícil de perforar, pesada, y más de una vez un bloque desprendido sepultó al infeliz que no previó a tiempo la desgracia.

Lejos del poblado, al pie de la cantera, viven los obreros en humildes construcciones de piedra blanca que forman un extraño caserío donde, en promiscuidad desconcertante para el que llega de la ciudad, por las puertas se asoman los hombres y los animales domésticos, no faltando, como alegre contraste, en unas toscas macetas, las pintadas flores de unas pocas plantas.

El agudo silbato de la locomotora nos anuncia el regreso. Sobre la cima de la montaña ahucada, en el punto más alto, he henchido mis pulmones aspirando fuertemente el aire de la tarde. Dentro de unos instantes, cuando las sombras se alarguen por delante de nosotros, las explosiones sucesivas, como gritos renovados de la montaña que se desgarran, pondrán punto final a la jornada, indicando que la faena del día siguiente queda preparada.

Vuelvo la vista para contemplar una vez más el panorama admirable de las sierras cordobesas. El tapiz vegetal se hace uniforme y el sol poniente acentúa las ondulaciones del valle. Al Este, la Sierra Chica limita el horizonte; al Oeste, la pampa de Olain semeja un inmenso mar con sus olas petrificadas.



Día de los muertos

HOY es día de duelo, día de recogimiento y de meditación. Las gentes se congregan junto a las tumbas donde duermen los deudos amados llevando flores, muchas flores, en amorosa ofrenda. Van, en silenciosa caravana, los hijos cariñosos, los padres amantísimos, los hermanos, los amigos, y el recuerdo evoca en todos los espíritus los años ya vividos, y pone, si no lágrimas en los ojos, un velo de angustia sobre el corazón.

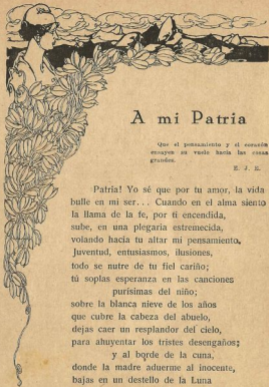
Y la Patria también tiene para sus hijos muertos un instante de piadosa remembranza. Ella también es madre, y no puede olvidar que en su regazo miles y miles de hombres, vivieron y trabajaron y murieron por su engrandecimiento. Estos, dirigieron los ejércitos en las sangrientas batallas; éstos, pasaron su vida en el silencio de los laboratorios; aquéllos, deleitaron a las gentes con las creaciones del arte; todos recibieron de sus conciudadanos el premio merecido por sus obras.

Por eso la Patria quiere recordar hoy, especialmente, a todos los humildes y cariñosos hijos que laboraron por ella, y cuyas vidas oscuras se hundieron en el silencio sin que

la posteridad guardara ni los nombres. Soldados — carne de cañón — que duermen el sueño eterno en las tierras extranjeras libertadas por su esfuerzo del yugo de los tiranos; marineros, que llevaron su insignia sobre las movedizas aguas y fueron amortajados por ellas; maestros, que batallaron por la verdadera independencia, la independencia de los espíritus; obreros, que con sudoroso esfuerzo gastaron su vida por extender en sus dominios los progresos de la técnica; campesinos, que roturaron sus tierras, y sacaron de sus entrañas el oro de las mieses; hombres y niños, en fin, que la amaron con amor sincero y pusieron en ella sus pensamientos más puros. A todos recuerda la Patria en este día; para todos tiene una palabra de gratitud: para los grandes y los pequeños; para los niños y los ancianos; para los ricos y los pobres...

Y tú también, hijo mío, piensa en ellos cuando vayas con tus compañeros a cubrir de flores los plintos ilustres, o a arrojarlas a las aguas del río. Piensa que la grandeza de la Patria es obra de sus hijos, y procura en el fondo de tu corazón amarla y servirla por encima de todas las cosas. Piensa que si tú eres bueno, la Patria también lo será; si eres laborioso, la Patria también lo será; si llegas a ser ilustre, la Patria también lo será...

Piensa, hijo mío, en que la llevas dentro de ti, viviente y palpitante, y en que ella premiará tus obras por humildes que sean; estimulará tus buenos propósitos; te alentará en la lucha; y cuando emprendas, tú también, el viaje sin retorno, ella guardará tu cuerpo en el seno de su tierra, y, como madre amantísima, se sentará al borde de tu tumba para velar tu sueño.



A mi Patria

Que el pensamiento y el corazón
ensayen su vuelo hacia las cosas
grandes.

E. J. E.

Patria! Yo sé que por tu amor, la vida
bulle en mi ser... Cuando en el alma siento
la llama de la fe, por ti encendida,
sube, en una plegaria estremecida,
volando hacia tu altar mi pensamiento,
Juventud, entusiasmos, ilusiones,
todo se nutre de tu fiel cariño;
tú soplas esperanza en las canciones
purísimas del niño;
sobre la blanca nieve de los años
que cubre la cabeza del abuelo,
dejas caer un resplandor del cielo,
para ahuyentar los tristes desengaños;
y al borde de la cuna,
donde la madre aduerme al inocente,
bajas en un destello de la Luna
para besar su venerable frente!

¡Todo eres tú!... La luz que me rodea
jugando con magníficos cambiantes
en las nubes lejanas,
que en las aguas del Plata centellea
y hace cuajar los campos de diamantes
al encender el Sol de las mañanas:
La luz, el aire, el cielo, el bosque, el río,
la abrupta cordillera
y el peñasco bravío,
los frutos del estío
y el alegre rumor de primavera.
¡Todo eres tú!... ¡Las voces de la gloria
que, en lo más hondo de mi ser, murmuran
la inmortal epopeya de tu historia;
los anhelos de hoy; las esperanzas
que mi paso apresuran
en pos de misteriosas lontananzas!
¡Y todo a ti me entrego,
con lo que tengo y lo que soy! Centella
que desprendió tu corazón de fuego,
quiero seguirte por la senda oscura:
¡quiero ser, en tus noches, una estrella
y alumbrar tu camino hacia la altura!

Ernesto J. Etcheverry.





El manantial

CIERTO día brotó un manantial en el desierto. Venía de lejos; había recorrido leguas y leguas por oscuros caminos subterráneos, procurando siempre asomarse a ver la dulce luz del sol. Por fin lo consiguió. ¡Qué fiesta, ese día, para la tierra sedienta! Con qué avidez sorbía gota a gota la linfa pura, brillante, como líquida plata! Y el manantial, ¡con qué íntima y silenciosa alegría hacía rebrillar al sol sus gotas una por una, como si fueran perlas!...

Pasó el tiempo. Extendió la tierra su verde alfombra de grama, y vino más tarde el viento a cantar entre las ramas

de los árboles nacidos al borde mismo de la fuente. Y el manantial seguía corriendo, corriendo mansamente, con un rumor quedo, como si hablase en voz baja.

Y pasó el tiempo; y vinieron también las aves del cielo a anidar en las frondas. Todas las mañanas bajaban a mollar sus cuerpecillos en la fresca corriente, y volaban luego en animado parloteo a las ramas más altas, a secarse al sol.

Y el manantial seguía fluyendo, fluyendo, cada vez más abundante... Nadie supo jamás de dónde venía, pero todos cantaron en su alabanza el himno de la vida.

* * *

Hijo mío, el espíritu del hombre es como la tierra desierta. Todo es desolación y tristeza, abandono y soledad. Pero un día surge en él una idea, un sentimiento. No sabe el hombre de dónde le ha venido ni cómo ha llegado hasta él. Sólo Dios conoce los oscuros y misteriosos caminos: el canto del ave, el beso de la madre, la contemplación de los astros, la lectura de un libro... Sólo sabe el hombre que eso que ha nacido en él, es como cristalino manantial que riega y fecunda y vivifica lo que antes parecía estéril y muerto. Y eso basta; en torno de él, todo es alegría: lo que estaba desnudo, se viste; lo que estaba deshabitado, se puebla; lo que yacía en silenciosa soledad, bulle en rumorosa algazara, y todo canta en el espíritu el himno de la vida. Nosotros deseamos, hijo mío, que encuentres en este libro una página, un verso, una frase, una palabra, que despierte un eco en tu interior; que haga surgir en ti una nueva fuente; que alimente en ti la llama inmortal encendida en el espíritu del hombre.

Si esto ocurriera, nuestros más caros deseos se habrían cumplido, y tendríamos para siempre la íntima alegría de haber encendido en tu vida la estrellita de una ilusión.

ÍNDICE POR ASUNTOS

FORMACION ESPIRITUAL Y EDUCACION MORAL

		Pag
Lectura I	Leer	1
Lectura II	Leyenda Árabe *	3
Lectura III	La Biblioteca de Grado	4
Lectura VII	La lección del nietecito. - <i>Adaptación de un cuento de Grimm</i>	12
Lectura VIII	La llave de la despensa *	17
Lectura X	Querer es poder	20
Lectura XV	Quien hizo mal, no espere bien. - <i>Cuento hindú</i>	30
Lectura XVII	El imprudente deseo. - <i>Adapt. de un cuento de Schmid</i>	34
Lectura XX	La cántara mágica. - <i>Cuento popular chino</i>	44
Lectura XXVIII	Apólogos. - <i>León Tolstoi</i>	62
Lectura XXIX	El gorrion heroico. - <i>Ivna Targuenef</i>	64
Lectura XXXI	La zorra y el caballo *	67
Lectura XXXVII	Un cochero que merecía andar dentro del coche. - <i>Concepción Arenal</i>	87
Lectura XLI	Jesús y el lobo. - <i>José Enrique Rodó</i>	96
Lectura XLV	¿Quién mató los hijuelos de la Nutria? * ..	109
Lectura XLIX	Fábulas de Esopo	118
Lectura LX	El protector. - <i>Eduardo Barrios</i>	144
Lectura LXVII	La hiedra. - <i>M. Abella Caprile</i>	159
Lectura LXXIII	El ahorro. - (<i>Adaptado de A. Cuyás</i>)	175
Lectura LXXXVII	A mi patria. - <i>E. J. Etcheverry</i>	184
Lectura LXXXVIII	El manantial	186

EDUCACION SOCIAL

Lectura III	La Biblioteca de Grado	4
Lectura IX	Día de elecciones	18
Lectura XIX	Faros y torreros. - <i>J. Tondouze</i>	38
Lectura XXVII	Un cochero que merecía andar dentro del coche. - <i>Concepción Arenal</i>	87
Lectura XXIX	La canción de la paz. - <i>Mario Brayo</i>	92
Lectura XL	Una carta	94
Lectura XLIV	El juego de los niños. - <i>Carlos O. Bunge</i> ..	103
Lectura LVI	La usurpación de los nidos. - <i>Clemente Onelli</i> ..	132
Lectura LVII	El naufragio del "Mafalda"	134
Lectura LX	El protector. - <i>Eduardo Barrios</i>	144

AMOR A LA PATRIA

		Pag.
Lectura X	Querer es poder	20
Lectura XI	A ésta no me la quitan. - <i>M. Leguizamón</i> ...	22
Lectura XXIII	Patria y honor. - <i>Luis V. Varela</i>	51
Lectura XXVI	Mariano Moreno	58
Lectura XLVII	Belgrano y la bandera	114
Lectura LXXVII	A mi patria. - <i>E. J. Etcheverry</i>	184

HIGIENE Y EDUCACION FISICA

Lectura XLIV	El juego de los niños. - <i>Carlos O. Bunge</i> ..	103
Lectura LV	Blancos contra negros	130
Lectura LXIV	Cuidemos nuestro aparato nervioso	152
Lectura LXXI	Correspondencia epistolar	172

EL HOGAR Y LA FAMILIA

Lectura VII	La lección del nietecito. (<i>Adaptación de un cuento de Schmid</i>)	12
Lectura XXX	El niño y la estrella. - <i>Cátulo Mendes</i>	66
Lectura LI	Cuadro del hogar. - <i>P. O. Tolosa</i>	123
Lectura LVIII	¡Sí, pobre viejecita. - <i>Amado Nerro</i>	141
Lectura LX	El protector. - <i>Eduardo Barrios</i>	144
Lectura LXII	Autor. - <i>Rabindra Nath Tagore</i>	148

COSTUMBRES POPULARES Y LEYENDAS

Lectura II	Leyenda árabe *	3
Lectura XX	La cántara mágica. - <i>Cuento popular chino</i>	44
Lectura XXXIII	El flautista. - <i>Roberto Browning</i>	76
Lectura XLI	Jesús y el lobo. - <i>José Enrique Rodó</i>	96
Lectura XLIII	El tigre y el zorro. - <i>Ricardo Rojas</i>	100
Lectura XLVI	La industria ganadera en la Pampa. - <i>Cayetano Cattáneo</i>	112
Lectura XLVIII	En la región del azúcar. - <i>M. Bernárdez</i>	116
Lectura LIH	Los indios fueguinos. - <i>C. Darwin</i>	126
Lectura LIV	El cantor. - <i>Domingo Faustino Sarmiento</i> ..	128

AMOR A LOS ANIMALES Y A LAS PLANTAS

Lectura XIII	Día del animal	26
Lectura XXV	El nido de jilgueros. - <i>Julio Renard</i>	56
Lectura XXIX	El gorrión heroico. - <i>Iván Turguenev</i>	64
Lectura LXI	Los árboles	146

LECTURAS DIDASCÁLICAS

		Pag.
Lectura XVI	El petróleo	32
Lectura XIX	Faros y torresos. - <i>J. Toudouze</i>	38
Lectura XXVII	Los fiandúes. - <i>R. Dubbene</i>	60
Lectura L	La palabra y el oído de los navegantes ..	120
Lectura LII	Intrépidos viajeros	124
Lectura LV	Blancos contra negros	130
Lectura LVI	La usurpación de los nidos. - <i>Clemente Onelli</i> ..	132
Lectura LXIV	Cuidemos nuestro aparato nervioso	152
Lectura LXVI	El reloj	156
Lectura LXIX	Elección dificultosa - <i>J. E. Fabre</i>	161

HISTORIA

Lectura X	Querer es poder	20
Lectura XXI	Himno Nacional Argentino. (Dónde y cómo se escribió). - <i>Lucio V. López</i>	46
Lectura XXVI	Mariano Moreno	58
Lectura XXXIV	Chacabuco. - <i>José María Gutiérrez</i>	79
Lectura XXXVI	La República en 1816	85
Lectura XXXVIII	El Congreso de Tucumán declara la Independencia	89
Lectura XLVII	Belgrano y la Bandera	114

GEOGRAFIA

Lectura VI	Dos luchadores incansables. - <i>Cap. Argüello</i> ..	10
Lectura XII	Los ríos	24
Lectura XVIII	La puna de Atacama	36
Lectura XXIV	Una aventura en el Estrecho de Magallanes. <i>Josué Stocum</i>	53
Lectura XXXV	La travesía de los Andes en globo. - <i>Eduardo Bradley</i>	81
Lectura XLVI	La industria ganadera en la Pampa. - <i>Cayetano Cattáneo</i>	112
Lectura XLVIII	En la región del azúcar. - <i>Manuel Bernárdez</i> ..	116
Lectura LIII	Los indios fueguinos. - <i>Carlos Darwin</i>	126
Lectura LXVI	El reloj	156
Lectura LXXV	Una visita a las caleras de San Antonio ..	180

DESCRIPCIÓN Y TEMAS DE COMPOSICIÓN

Lectura XXV	El nido de jilgueros. - <i>Julio Renard</i>	55
Lectura XXIX	El gorrion heroico. - <i>Iván Turguenef</i>	64
Lectura XLI	Jesús y el lobo. - <i>José Enrique Rodó</i>	96
Lectura LXIII	Las flores. - <i>S. y J. Alvarez Quintero</i>	150

		Pág.
Lectura LXVII	La hiedra. - <i>Margarita Abella Caprile</i>	159
Lectura LXVIII	El amanecer. - <i>Ricardo León</i>	160
Lectura LXX	La inundación. - <i>G. Núñez de Arce</i>	170
Lectura LXXXIV	Plátero y yo. - <i>Juan Ramón Giménez</i>	177
Lectura LXXXV	Una visita a las caleras de San Antonio ..	180

GENERO EPISTOLAR

Lectura XL	Una carta	94
Lectura LXXI	Correspondencia epistolar	172

HUMORISTICAS

Lectura V	El marinero y los monos *	8
Lectura XIV	Epigramas. - <i>Francisco Acuña de Figueroa</i> ..	28
Lectura XXXII	De cómo un labrador engañó al diablo. - <i>Francisco Rabalais</i>	74
Lectura LXV	Epigramas. - <i>C. Prieto y Moratín</i>	154

FABULAS

Lectura II	Leyenda árabe *	3
Lectura IV	El león agradecido. - <i>Trilussa</i>	6
Lectura XV	Quien hizo mal, no espere bien. - <i>Cuento</i> <i>hindú</i>	30
Lectura XXVIII	Apólogos. - <i>León Tolstói</i>	62
Lectura XXXI	La zorra y el caballo *	67
Lectura XLV	¿Quién mató los hijuelos de la Nutria? * ..	109
Lectura XLIX	Fábulas de Esopo	118

POESIAS

Lectura IV	El león agradecido. - <i>Trilussa</i>	6
Lectura XIV	Epigramas. - <i>Francisco Acuña de Figueroa</i> ..	28
Lectura XXX	El niño y la estrella. - <i>Cátulo Mendes</i>	66
Lectura XXXIX	La canción de la paz. - <i>Mario Bravo</i>	92
Lectura XLII	Epica. - <i>Damián P. Garat</i>	98
Lectura LI	Cuadro del hogar. - <i>P. O. Tolosa</i>	123
Lectura LVIII	Si, pobre viejecita. - <i>Amado Nervo</i>	141
Lectura LXV	Epigramas. - <i>C. Prieto y Moratín</i>	154
Lectura LXVII	La hiedra. - <i>Margarita Abella Caprile</i>	159
Lectura LXX	La inundación. - <i>G. Núñez de Arce</i>	170
Lectura LXXXII	La hermana. - <i>Eduardo Marquina</i>	174
Lectura LXXXVII	A mi patria. - <i>E. J. Etcheverry</i>	184

CONMEMORATIVAS

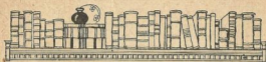
	Pag.
Día de la cooperación	4
Día del animal . 29 de Abril. - <i>Lectura III</i> . - La Biblioteca de Grado	26
Día del Himno .. 11 de Mayo. - <i>Lectura XXI</i> . - Himno Nacional Argentino. (Dónde y cómo se escribió). Lucio V. López	46
Festividad patria. 25 de Mayo. - <i>Lectura XXVI</i> . - Mariano Moreno	58
Festividad patria. 9 de Julio. - <i>Lectura XXXVIII</i> . - El Congreso de Tucumán declara la Independencia ...	89
Día de la Raza.. 12 de Octubre. - <i>Lectura LIX</i> . - El día de la Raza	142
Día del árbol.... 11 de Septiembre. - <i>Lectura LXI</i> . - Los árboles	146
Día del ahorro .. 31 de Octubre. - <i>Lectura LXXIII</i> . - El ahorro. (Adapt. de A. Cuyás)	175
Día de los muertos por la patria 31 de Octubre. - <i>Lectura LXXVI</i> . - Día de los muertos	182
Día de la paz ... 10 de Noviembre. - <i>Lectura XXXIX</i> . - La canción de la paz. M. Bravo	92

LECTURA LIBRE

Los músicos improvisados. - <i>Grimm</i>	13
El adivino. - <i>Afanasyev</i>	41
Los dos amigos. - <i>F. Schiller</i> (Adapt.)	69
Skiold, el rey que vino del mar (<i>Leyenda nórdica</i>)	105
Petrónio. - <i>C. Onelli</i>	137
El paño milagroso. - <i>Juan Manuel</i> (Adapt.)	165

ÍNDICE GENERAL





	Págs.
Prólogo	1
Lectura I Leer	1
Lectura II Leyenda árabe *	3
Lectura III La Biblioteca de Grado	4
Lectura IV El león agradecido. - <i>Tritussa</i>	6
Lectura V El marinero y los monos *	8
Lectura VI Dos luchadores incansables. - <i>Cap. Argüello</i>	10
Lectura VII La lección del nietecito. - <i>Adaptación de un cuento de Grimm</i>	12
Lectura Libre <i>Los músicos improvisados.</i> - <i>Grimm</i>	13
Lectura VIII La llave de la despensa *	17
Lectura IX Día de elecciones	18
Lectura X Querér es poder	20
Lectura XI A ésta no me la quitan. - <i>M. Leguizamón</i> ...	22
Lectura XII Los ríos	24
Lectura XIII Día del animal	26
Lectura XIV Epigramas. - <i>Francisco Acuña de Figueroa</i>	28
Lectura XV Quien hizo mal, no espere bien. - <i>Cuento hindú</i>	30
Lectura XVI El petróleo	32
Lectura XVII El imprudente deseo. - <i>Adapt. de un cuento de Schmid</i>	34
Lectura XVIII La pena de Atacama	36
Lectura XIX Faros y torrerros. - <i>J. Toudouze</i>	38
Lectura Libre <i>El adivino.</i> - <i>Afanasiév</i>	41
Lectura XX La cántara mágica. - <i>Cuento popular chino</i>	44
Lectura XXI Himno Nacional Argentino (Dónde y cómo se escribió). - <i>Lucio V. López</i>	46
Lectura XXII Himno Nacional Argentino. - <i>Vicente López y Planes</i>	48

		Pág.
Lectura XXIII	Patria y honor. - <i>Luis V. Varela</i>	51
Lectura XXIV	Una aventura en el Estrecho Magallanes. - <i>Josué Slocum</i>	53
Lectura XXV	El nido de jilgueros. - <i>Julio Renard</i>	56
Lectura XXVI	Mariano Moreno	58
Lectura XXVII	Los ñandúes. - <i>R. Dabbene</i>	60
Lectura XXVIII	Apólogos. - <i>León Tolstoi</i>	62
Lectura XXIX	El gorrión heroico. - <i>Iván Turguenev</i>	64
Lectura XXX	El niño y la estrella. - <i>Cátulo Mendes</i>	66
Lectura XXXI	La zorra y el caballo *	67
Lectura Libre	<i>Los dos amigos</i> . - Federico Schiller (Adapt.)	69
Lectura XXXII	De cómo un Labrador engañó al diablo. - <i>Francisco Rabelais</i>	74
Lectura XXXIII	El flautista. - <i>Roberto Browning</i>	76
Lectura XXXIV	Chacabuco. - <i>José María Gutiérrez</i>	79
Lectura XXXV	La travesía de los Andes en globo. - <i>Eduar- do Bradley</i>	81
Lectura XXXVI	La República en 1816	85
Lectura XXXVII	Un cochero que merecía andar dentro del coche. - <i>Concepción Arenal</i>	87
Lectura XXXVIII	El Congreso de Tucumán declara la Independencia	89
Lectura XXXIX	La canción de la paz. - <i>Marjo Bravo</i>	92
Lectura XL	Una carta	94
Lectura XLI	Jesús y el lobo. - <i>José Enrique Rodó</i>	96
Lectura XLII	Épica. - <i>Damián P. Garat</i>	98
Lectura XLIII	El tigre y el zorro. - <i>Ricardo Rojas</i>	100
Lectura XLIV	El juego de los niños. - <i>Carlos O. Bunge</i>	103
Lectura Libre	Skjold, el rey de que vino del mar (<i>Leyenda nórdica</i>)	105
Lectura XLV	¿Quién mató los hijuelos de la Nutria? * ..	109
Lectura XLVI	La industria ganadera en la Pampa. - <i>Cape- tano Cattáneo</i>	112
Lectura XLVII	Belgrano y la bandera	114
Lectura XLVIII	En la región del azúcar. - <i>Manuel Bernárdez</i>	116
Lectura XLIX	Fábulas de Esopo	118
Lectura L	La palabra y el oído de los navegantes ...	120
Lectura LI	Cuadro del hogar. - <i>P. O. Tolosa</i>	123
Lectura LII	Intrépidos viajeros	124

	Pág.
Lectura LIII	Los indios fueguinos. - <i>Carlos Darwin</i> 126
Lectura LIV	El cantor. - <i>Domingo Faustino Sarmiento</i> .. 128
Lectura LV	Blanco contra negro 130
Lectura LVI	La usurpación de los nidos - <i>Clemente Onelli</i> 132
Lectura LVII	El naufragio del "Mafalda" 134
Lectura Libre	<i>Petronjo</i> - <i>Clemente Onelli</i> 137
Lectura LVIII	¡Sí, pobre viejecita. - <i>Amado Nervo</i> 141
Lectura LIX	El día de la Raza 142
Lectura LX	El protector - <i>Eduardo Barrios</i> 144
Lectura LXI	Los árboles 146
Lectura LXII	Autor. - <i>Rabindra Nath Tagore</i> 148
Lectura LXIII	Las flores. - <i>S. y J. Alvarez Quintero</i> 150
Lectura LXIV	Cuidemos nuestro aparato nervioso 152
Lectura LXV	Epigramas. - <i>C. Prieto y Morala</i> 154
Lectura LXVI	El reloj 156
Lectura LXVII	La hiedra. - <i>Margarita Abella Caprile</i> 159
Lectura LXVIII	El amanecer. - <i>Ricardo León</i> 160
Lectura LXIX	Elección dificultosa. - <i>J. E. Fabre</i> 161
Lectura Libre	<i>El paño milagroso</i> . - <i>Infante Don Juan Manuel</i> (Adaptación) 165
Lectura LXX	La inundación. - <i>G. Nájuez de Arce</i> 170
Lectura LXXI	Correspondencia epistolar 172
Lectura LXXII	La hermana. - <i>Eduardo Marquina</i> 174
Lectura LXXIII	El ahorro. - (Adaptado de <i>A. Cayús</i>) 175
Lectura LXXIV	Platero y yo. - <i>Juan Ramón Jiménez</i> 177
Lectura LXXV	Una visita a las caleras de San Antonio .. 180
Lectura LXXVI	Día de los muertos 182
Lectura LXXVII	A mi patria. - <i>E. J. Etcheverry</i> 184
Lectura LXXVIII	El manantial 185



FESQUET-TOLOSA

